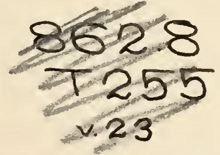



SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS


862.8
T255
v.23




LUX
LIBERTAS



SERAFÍN y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

LA ZAGALA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910



LA ZAGALA

LA ZAGALA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 17 de Enero de 1904

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

Al insigne autor de Dulce y sabrosa,

Don Jacinto Octavio Picón,

sus fervientes admiradores y devotísimos amigos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ENCARNA.................	María Guerrero.
ROMANA..................	María Cancio.
CARMITA.................	Josefina Blanco.
AMPARO..................	Margarita Colorado.
PEPA RUIZ...............	Concepción Aranaz.
LEONOR..................	Amalia Sánchez
DOÑA JUSTA..............	Matilde Bueno.
DOÑA RUFINA.............	Encarnación Bofill.
CURRITA.................	Amparo Álvarez.
DON BALTASAR DE QUIÑONES.................	Fernando Díaz de Mendoza.
POLANCO.................	Francisco Palanca.
VENTURA.................	Manuel Díaz.
ANDRESILLO..............	Mariano Díaz de Mendoza.
EL PADRE MIGUELITO......	Felipe Carsí.
RAFAEL..................	Felipe Agudín.
DON JULIO...............	Manuel Soriano.

Todos á excepción de Carmita, Don Baltasar, Polanco y Rafael, hablan con acento andaluz.



ACTO PRIMERO

Sala baja, rectangular, en casa de don Baltasar de Quiñones, rico propietario de Olivares, ciudad andaluza Muros muy gruesos; paredes blancas. Estera de junco. Una gran puerta á la derecha del actor, que conduce al patio. Una de cristales al foro, que da al jardín, con sendas ventanas á los lados. Pocos muebles, pero añejos y ricos. Algún cuadro al óleo, de asunto religioso. Es de noche y en el mes de Mayo. La sala está en una media luz agradable. Por la puerta del patio penetra claridad más viva. Un trozo del jardín lo alumbra la luna.

—

DON BALTASAR viene del jardín. Este don Baltasar es un caballero de cierto empaque altivo y ceremonioso, mitad natural, mitad debido á una idea de superior cultura. Espíritu sencillo y blando, con visos de carácter de acero. Compone madrigales y se perece por la poesía bucólica. Habla con natural afectación, exagerando y recortando un poco la dicción castellana Su frente es noble; su cabello gris, peinado con raya y abundante; el bigote muy largo y fino; las cejas negras y pobladas. Usa traje de lanilla amplio y rico, camisa floja y chalina al aire.

Don Baltasar. Asomándose á la puerta del patio. ¡Qué charla! ¡Qué bullicio!... Déjase caer con cierto abatimiento en una butaca y suelta un suspiro profundo. ¡Ay!...

Sale PEPA RUIZ por la puerta del patio. Es una señorita bien

acomodada, llena de salud y exuberante de colores, que se defiende de los cuarenta con heroísmo. Andaluza redicha y neta, ni por equivocación deja de rematar perfectamente los finales en ado y en ido, y sus análogos.

Pepa Ruiz. ¡Jesús, que demonio de muchachas! No me dejan un momento, don Bartasá.

Don Baltasar. ¿Ellas á usted ó usted á ellas?

Pepa Ruiz. De todo hay. Ya sabe usté mi genio, vesino.

Don Baltasar. ¿Y qué se hace ahora?

Pepa Ruiz. Sentensiando prendas estamos. Me ha tocado «tres veses sí y tres veses no».

Don Baltasar. Decir tres veces que sí debe de ser muy agradable.

Pepa Ruiz. ¡Ya lo creo!

Don Baltasar. Pero usted preferiría decirlo una sola.

Pepa Ruiz. Fuera der juego, sí, señó. Suspirando. ¡Ay!...

Don Baltasar. ¿Adónde va ese, Pepa?

Currita. Dentro, en voz alta. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. Cáyese usté ahora. Alto también. ¡Sí!

Risas dentro, un poco lejos, que se repiten con escándalo á cada contestación de Pepa

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. ¡No!

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. Ay, ¿qué habrán preguntado? Mirando á don Baltasar y envolviendo la respuesta en un suspiro. ¡Sí! ¡Cómo se ríen las pícaras!

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. Repitiendo la mirada. ¡Que sí! ¡que sí!

Currita. ¿Sí ó no? ¡Ya no tienes más remedio que desir que no!

Pepa Ruiz. Eso es ponerle á una la soga ar cueyo. Con cierta resistencia. ¡No!

Currita. ¿Sí ó no?

Pepa Ruiz. ¡No! ¡Qué tormento! ¡Sabe Dios á lo que habré yo dicho que no! Porque esas son atroses.

Don Baltasar se ríe, haciendo coro á los del patio.

Por la puerta de este llega POLANCO, y se encara con Pepa Ruiz.

Polanco. Que si le gustan á usted los militares, que sí; que si le gustan á usted los abogados, que sí; que si le gustan á usted los toreros, que sí; que si le gustan á usted los curas, que sí; que si le gustan á usted los monaguillos...

Pepa Ruiz. ¡Ande usté y que lo prendan! ¡Jesús, qué hombre más chocante! Vase de estampía.

Don Baltasar y Polanco sueltan la risa.

Polanco es un amigote reciente de don Baltasar, con ínfulas de camarada de la niñez. Es de los que toman á pecho el papel de amigo. Viste con desaliño y va de zapatillas y gorra á todas partes, con temible familiaridad. No usa corbata y le acompaña un perro casi siempre. Es montañés, fabricante de harinas y un poco aficionado á las buenas letras. Poco.

Don Baltasar. ¿Sabes, Perico, que te encuentro en vena esta noche?

Polanco. ¿Y cómo no, con las mujeres que hay en el patio y las miradas amorosas que veo por todas partes? Esa endiablada Pepa Ruiz es de las que tuestan castañas con los ojos.

Don Baltasar. Riéndose sin querer. ¡Ja, ja! ¡Peregrina hipérbole!

Polanco. Te aseguro que si como tiene blasones y talegas, y se baña á diario y se perfuma y se emperejila, fuese una fregoncilla de poco fuste, á estas horas estaba ya apuntada en mi libro verde.

Don Baltasar. ¡Pero qué bellaco y harto de ajos eres en tus gustos! Ni sé siquiera cómo somos amigos.

Polanco. Pues es bien claro, Baltasar; porque allá en lo hondo, en lo hondo, somos completamente iguales.

Don Baltasar. Muy en lo hondo tiene que ser, Perico.

Polanco. ¿Cómo es eso? ¿Es que por ventura te ofende parecerte á mí?

Don Baltasar. Ni con cien leguas, hombre.

Polanco. Eres un ingrato conmigo. Te obstinas en negarme delicadeza de sentimientos...

Don Baltasar. ¿Quieres callar?

Polanco. Porque he venido de la tierruca montañesa á tu suelo andaluz por la carretera adelante, con el hatillo al hombro... y soy un poco Adán, y fabrico harinas... y me agradan las cocineras.

Don Baltasar. Te suplico que no desbarres. Considera que mi situación esta noche no es la más propia para discusiones pueriles.

Polanco. Hombre, cualquiera que te oiga... ¡Tu situación! ¡Casar á una hija y casarla á gusto no ha sido jamás una desgracia! ¿Qué te duele? ¿Que el chico es de Madrid y se la lleva de tu lado? ¡Pues mejor para ella, que no te aguantará más chifladuras! Déjate de gemir y vente al patio.

Don Baltasar. Ahora voy.

Polanco. Mira que se te echa de menos; que acaso caes en falta... Al ir hacia la puerta. deteniéndose. ¿Ves? Ya tienes aquí á dos señoras, seguramente á despedirse.

Don Baltasar. ¿Sí? ¿Quiénes son ellas? Viéndolas. Ah, vamos.

Vase al patio Polanco, dejando pasar antes á DOÑA JUSTA y DOÑA RUFINA, que llegan con AMPARO.

Doña Justa y doña Rufina son dos viejecitas que chochean. Por su traza y pelaje se adivina que hace años acabaron de enterrar á su generación. Amparo es una mujercita agraciada y gentil, resuelta y viva, en la que se advierte esa entereza de carácter propia de toda persona acostumbrada á mandar y á hacer sus gustos.

Amparo. Papá, que se marchan estas señoras.

Don Baltasar. ¡Ah! Doña Justa... Doña Rufina... Ustedes perdonen que las haya desatendido.. Me dolía tanto la cabeza...

Doña Justa. Pero, simple, ¿qué nos vas á decir á nosotras?

Doña Rufina. Los cumplidos guárdalos para las de Márquez, que se sienten de todo.

Doña Justa. ¿Conque te abandona esta pícara?

Amparo. Acariciando á don Baltasar. Es que no tengo más remedio que irme. Me trataba tan mal, tan mal, que si sigo á su lado me mata..

Doña Rufina. ¿Te parece la tunantona? Córtale la lengua.

Don Baltasar. No puedo: se me cae la baba de oirla.

Doña Justa. Siempre has sido un padrazo.

Llega RAFAEL de repente

Rafael. Pero, hombre, ¿y mi novia?

Amparo. Aquí estoy: no chilles.

Rafael. ¡Mujer, es que no nos dejan hablar dos palabras seguidas!

Doña Rufina. Haberse quitado de en medio de cuando en cuando. Su palique robadillo... y al patio otra vez.

Don Baltasar. Esta noche no puede ser eso... Es la última .. Se debe á sus amigas: que aguarde el amor.

Doña Justa. Y que es una noche inolvidable: ya lo verás, Amparo, ya lo verás... ¡Ah! ¡la víspera de la boda!... Se ve amanecer; bien me acuerdo.

Don Baltasar. Usted puede decirlo, doña Justa. A Rafael. Esta señora se ha casado tres veces.

Rafael. ¿Según eso ha pasado usted por tres vísperas?

Doña Justa. Sí; pero la que no se olvida es esta de hoy.

Rafael. Celebro hallarme en la mejor.

Doña Justa. El segundo matrimonio es cosa tan distinta... A Amparo. Ya verás, ya verás...

Rafael. ¡Señora!

Todos se ríen.

Don Baltasar. ¿En el segundo no se ve amanecer?

Doña Justa. No, hijo mío.

Doña Rufina. Y en el tercero hace falta un despertador con toda la cuerda.

Rafael. ¿Usted también se ha casado tres veces?

Doña Rufina. No, señor: cuatro.

Nuevas risas.

Doña Justa. En fin, Baltasar, muchas felicidades... dormir á gusto... y hasta mañana si Dios quiere.

Don Baltasar. Gracias; mil gracias.

Rafael. Adiós, señoras.

Doña Rufina. Hasta mañana.

Don Baltasar. Hasta mañana.

Se van las viejas por el jardín con Amparo, que vuelve á poco.

Rafael. Mientras se retiran, bajo á don Baltasar. Oiga usted. ¿y estas viejas, cuándo se mueren?

Don Baltasar. Calla, que van á oirte. Te advierto que yo siempre las he conocido con la misma edad. Y mi padre creía á pies juntillas que eran las Santas Justa y Rufina de Triana: las dos alfareras.

Rafael se ríe.

Sale por la puerta del patio el PADRE MIGUELITO limpiándose la mano derecha con el pañuelo.

P. Miguelito. Pero, hombre, ¿por qué se pintarán los labios algunas devotas?—¿Qué es eso, Baltasar? ¿En dónde te metes?

Don Baltasar. Vago por aquí y por allá... Habeis de dispensarme todos.

Llega AMPARO.

Rafael. Lo que es yo me voy á molestar en serio. ¿Qué cara es esa, porque mañana me llevo á su hija? ¿Es que usted cree que no va á ser dichosa á mi lado? ¡Que lo diga ella!

Don Baltasar. Ni ella lo puede creer, ni yo tampoco. Pero...

Rafael. Viva usted en calma, don Baltasar. Será feliz. Si usted quiere, hasta le leeré á Virgilio en los ratos

perdidos. La traducción de usted, por supuesto; del latín Dios me libre. ¿Qué más puede hacer un hombre por su suegro?

Risas de todos.

Don Baltasar. Burlaos, burlaos de mí... Ya tendreis hijos...

Amparo. Mira, vente al patio, porque mi padre también dice unas cosas...

Rafael No, pues eso último que ha dicho no puede ser más razonable.

Amparo. ¡Otro que tal baila! Vente, vente.

Don Baltasar. No te vayas tú, Miguelito; quédate y echaremos un párrafo.

P. Miguelito. ¡Si no deseo otra cosa!

Se van riéndose y arrullándose Amparo y Rafael. Don Baltasar y el Cura pasean y luego se sientan.

Es el Padre Miguelito un vejete alegre, calmoso y pacienzudo. Tiene ochenta años y se propone vivir otros ochenta. Viste de paisano.

Don Baltasar. Me rejuvenece verte aquí; me rejuvenece... y me apena.

P. Miguelito. Es natural; eso es muy natural.

Don Baltasar. Cuando se unen en la memoria dos fechas muy distantes, el espacio que las separa está lleno de tantas cosas... ¡de tantas lágrimas casi siempre!

P. Miguelito. Bueno; pues te prevengo que yo no he venido á Olivares á verte hacer pucheros.

Don Baltasar. Me esforzaré por darte gusto, ya que tú por dármelo dejas tu rincón malagueño y vienes á casar á mi hija.

P. Miguelito. Alto, alto. Las cosas en su punto, Baltasar. Yo no he venido aquí por complacerte, ni mucho menos; sino por darte en la cabeza, que es todo lo contrario. Cuando te casé con la pobre Aurora, te dije: «Así omo te caso á ti, casaré á tus hijos.» Y tú te reíste á cuenta de mis ilusiones... Bueno, pues ahora me toca á

mí reir de tu incredulidad. Si te pica, ráscate. Más te digo: ¡casaré á tus nietos también! ¡Nada, que la he tomado con la familia!

Don Baltasar. Padre Miguelito, tú no sabes lo que ocurre en el que fué apacible hogar de don Baltasar de Quiñones.

P. Miguelito. ¿Qué ocurre? Desgracia no conozco más que la muerte de tu pobre Aurora.

Don Baltasar. ¿Te acuerdas de Carmita, mi hija menor?

P. Miguelito. ¿No he de acordarme? Y la he visto una sola vez; pero aquella cara no se olvida... En Suiza la tienes con tu primo Joaquín, ¿no es esto?

Don Baltasar. Cabal. Ya va para tres años.

P. Miguelito. ¿Y no mejora de salud?

Don Baltasar. Sí; ya está buena, á Dios gracias. Su mal era más bien del espíritu que del cuerpo. Es tan delicadita, tan sensible... Así como Amparo es fuerte, serena, equilibrada, mi Carmita—no sé como te diga—es tierna, mimosilla, doliente, soñadora... Sutil como el aire, viva como el fuego... Aire y fuego juntos; incendio fácil y perenne, como le dije yo en mis versos mejores. La quité de aquí, no sé si lo sabes, porque se prendó como una heroína de novela, á pesar de sus quince años, de un mocito rico del pueblo, de figura pérfidamente simpática, pero menguado de corazón y torpe de costumbres. No tiene el diablo por dónde desecharlo. Uno de estos retoños podridos de la nueva edad —no extrañes la pasión con que le acuso; me ha hecho brecha en el alma,—uno de estos señoritos viciosos que no saben salir de las bodegas ni de los lupanares.

P. Miguelito. Todo eso es nuevo para mí. Ciertamente que no hemos tenido ocasión de hablar... Sigue, sigue.

Don Baltasar. Mes y pico estuvo en relaciones con mi hija, bien contra todo mi torrente. Y la hazaña que

determinó la ruptura, fué digna del mancebo: una noche, cuando la niña lo esperaba en la ventana, pasó ante ella borracho perdido y con dos mujerzuelas del brazo.

P. Miguelito. ¡En el nombre del Padre!...

Don Baltasar. ¿Cabe agravio más grosero al pudor de una niña?

P. Miguelito. Calla, calla por Dios.

Don Baltasar. Imagínate lo que pasó en esta casa. Para Carmita no había consuelo: sólo llorar fué su ocupación durante muchos días. Su salud, siempre delicada, se quebrantó de suerte que llegó á poner en peligro su vida. Hubo que alejarla de aquí. El cambio de lugar y de costumbres haría menos difícil el olvido y le sería muy provechoso.

P. Miguelito. ¿Y en Suiza está?

Don Baltasar. Sí: con sus tíos.

P. Miguelito. ¿Curada por completo?

Don Baltasar. Curada, sí; pero cada vez más sensible; estimulando constantemente nuestra inquietud. Por eso no ha venido á la boda.

P. Miguelito. Entonces, ¿no la piensas traer?

Don Baltasar. ¡Traerla... traerla!

P. Miguelito. ¿Qué?

Don Baltasar. Eso es lo que me quita el sueño. A los dos meses de salir Carmita de aquí, salió para siempre, para no volver más, la compañera de mi vida. ¿Cómo se le decía entonces á la niña: «tu madre ha muerto»? Imposible; imposible.

P. Miguelito. Es natural: en su estado... Se comprende; sí.

Don Baltasar. Se le ocultó la terrible verdad... Se esperó el momento menos peligroso de revelársela... La salud de Carmita sufría alternativas dolorosas, crueles... ¿Quién era el insensato...? Ni Amparo ni yo nos atreviamos nunca. Y pasó el tiempo, y cuando malita, porque lo estaba, y cuando no, por temor de que volviera

á estarlo, hemos vivido en constante ficción. Y es el hecho espantoso que á la hora presente cree Carmita que su madre vive.

P. Miguelito. ¡Válgame el Señor! ¡Qué desgracia! Justificadas están tus melancolías.

Don Baltasar. Ya ves. Se casa la una... y se me va; y si quiero traerme á la otra, he de hacerla pasar por un dolor tan grande.

P. Miguelito. Bien, bien; pero de todas suertes, es caso de conciencia que lo sepa ya. **Pasa ANDRESILLO rápidamente, del jardín al patio.** Ni sé como habeis podido engañarla... Y cuenta que en mi familia ha habido un caso semejante. Mis padres no supieron nunca que mi hermano José murió en la primera guerra del Norte.

Don Baltasar. Aquí lo hemos ido amañando con los medios que nuestra misma zozobra nos inspiraba... Además, por coincidencia claramente explicable, las letras de Aurora y Amparo—como la de la propia Carmita—son idénticas.

P. Miguelito. Ya, vamos, ya. Pues, hijo, sí que te compadezco con toda mi alma.

Salen AMPARO y ANDRESILLO por la puerta del patio.

Amparo. Que entre aquí. La despacharé en un momento.

Andresillo. Es mu bien *fachá*, señorita.

Amparo. ¿Viene sola?

Andresillo. Viene con uno, que si no es su padre le farta poco, porque tiene toa la pinta de eya.

Amparo. Pues diles que pasen.

Andresillo. Ahora mismo. **Se va por el jardín.**

Don Baltasar. ¿Quién es?

Amparo. Esa muchacha que nos ha recomendado Engracia Molina.

Don Baltasar. ¿A qué viene?

Amparo. A ver si la ajusto. Como yo me llevo á María Pepa...

Don Baltasar. Es verdad; si me lo habías dicho... ¿Se ha ido ya la gente?

Amparo. Casi toda. No quedan más que Polanco y Pepa Ruiz.

Don Baltasar. ¿Y Rafael?

Amparo. También se ha ido.

Don Baltasar. ¡Sin decirme adiós!

Amparo. Te vió tan mustio, que no ha querido afectarte con la despedida.

P. Miguelito. Pues aquí hay otro que se va; pero es á su cuarto, en busca de la cama.

Amparo. ¿Tan pronto, Padre Miguelito?

P. Miguelito. Tan pronto, hija mía. Quiero dormir bien, no haga mañana un disparate contigo y con tu novio.

Amparo. Si es por eso, á acostarse ahora mismo.

P. Miguelito. Aunque mayor disparate que el que van ustedes á hacer...

Amparo. ¡Muy bonito, en un padre de almas! ¿Así habla usted del matrimonio?

P. Miguelito. Bueno, pero es en confianza y de paisano. Tú calcula; llevo cincuenta años con la oreja pegada á la rejilla... ¡conque si sabré yo á qué atenerme! Adiós, nena.

Amparo. Que usted descanse, Padre.

P. Miguelito. A don Baltasar. Adiós, poeta melancólico. Duerme y olvida. ¡Buena temporadita de campo te hace falta! Un cencerro al cuello... y á triscar por los montes.

Don Baltasar. Poco menos necesito, no creas. ¡Oh! ¡El campo! ¡el campo!... ¡Mi gran consejero! ¡mi delicia!

P. Miguelito. Deteniendo á don Baltasar. Quieto aquí: no me hagas el cumplido. Sé perfectamente á mi cuarto. Buenas noches.

Don Baltasar. Buenas noches.

Amparo. ¿Vas á irte al patio?

Don Baltasar. Ahora menos que antes. Esa Pepa Ruiz me divierte á ratos nada más.

Amparo. ¡Cuidado si eres extremoso!

Don Baltasar. Y por lo que toca á Polanco, te juro que me va siendo imposible aguantarlo en paciencia. Y mira que es leal y noblote y buen amigo si los hay; pero lo conozco de ayer, y me trata como si hubiéramos nacido juntos. Sin contar con la molestia del perro, que ha de colar en todas partes.

Amparo. Un pique tuve ayer con él, porque lo eché de mala manera de la sala.

Don Baltasar. ¿A Polanco?

Amparo. Al perro.

Don Baltasar. ¡Qué abominación! El día menos pensado le pego un tiro.

Amparo. ¿Al perro?

Don Baltasar. A Polanco. Y otro al perro después.

Vuelve ANDRESILLO por el jardín, seguido de ENCARNA y de VENTURA.

Andresillo. Pasen ustedes.

Ventura. ¿Dan ustedes zu permizo?

Don Baltasar. Adelante.

Encarna. Güenas noches.

Amparo. Buenas noches.

Ventura. Me alegro de verlos á ustedes güenos.

Don Baltasar. Gracias, amigo.

Llega PEPA RUIZ por la puerta del patio. Ventura y Encarna se arrinconan. Andresillo contempla á esta fijamente con codiciosa admiracion.

Pepa. Hija, ya están por mí.

Amparo. Mujer, perdóname.

Pepa. Vamos, caya. Hasta mañana, que vendré á vestirte.

Amparo. ¡Quita allá!

Pepa. Ah, ni que sueñes otra cosa. Te viste yo. A

las ocho me tienes aquí. Y como te encuentre vestida, te desnudo y vuervo á vestirte.

Don Baltasar. ¿Es empeño?

Pepa. Empeño y costumbre; las dos cosas. Todas las amigas mías que se han casado, han yevado la camisa de novia puesta por mí. Y disen que tengo buena sombra.

Don Baltasar. Y yo, ¿puedo vestirme á la hora que me venga en gana?

Pepa. Sí, señó; no sea usté tunante. Adiós, don Bartasá.

Don Baltasar. Adiós, Pepa.

Pepa. Adiós, Ampariyo: estás monísima. ¡Qué suerte tienen argunos hombres! Hasta mañana.

Amparo. Hasta mañana.

Pepa. Quietesita.

Vase por la puerta del patio. Amparo la despide con la mano desde la misma puerta.

Amparo. A Andresillo, que continúa mirando á Encarna. ¿Y á ti qué se te ha perdido aquí?

Andresillo. A mí na, señorita.

Amparo. Entonces, ¿por qué no te has ido á la cochera?

Andresillo. Porque en la cochera no se me ha perdío na tampoco.

Don Baltasar. Bueno, pues vete ahora y no repliques.

Andresillo. Al irse, a Encarna, sin poder contenerse. ¡Dios la conserve á usté tan güena, hija mía!

Don Baltasar. ¡Qué descarado es!

Amparo. Tú tienes la culpa. Le pasas carros y carretas...

Encarna es una muchachota hermosa y saludable. Da impresión de fuerza y de frescura, y trae consigo cierto aroma campestre. Viste un trajecillo de percal, de tonos vivos, muchas veces lavado. La falda es muy corta. Le cubre los hombros un mantoncillo negro que con

frecuencia se le desliza por la espalda. Su emoción ante los señores es grande, pero no le impide observarlo todo. Llena de vergüenza, apenas mira á la persona que le habla. Se expresa con ese cadencioso y suave ceceo que caracteriza á los lugareños andaluces. Ventura, su padre, es un tipo de campesino marrullero, interesado y socarrón. Habla con el propio ceceo que su hija. Sus ropas son viejas y pobres. Viene de chaquetón, faja negra y sombrero de ala ancha, negro también y deformado.

Don Baltasar. Acérquense ustedes.

Amparo. Sentándose. ¿Vienen ahora de casa de la señorita Engracia?

Ventura. De ayá venimos. Nos mandaron yamá pa decirnos que no dejáramos de vení esta noche...

Amparo. Sí; porque mañana iba á ser peor. Conque vamos á ver si nos entendemos. La señorita me ha dado los mejores informes de usted.

Don Baltasar pasea, atento al diálogo.

Encarna. La zeñorita es mu güena conmigo. Una zervidora hará lo que zepa... y aprenderá lo que le enzeñen.

Ventura. A ezo está; porque pa ezo es probe y empieza á viví ahora.

Amparo. ¿Es usted su padre?

Ventura. Por muchoz años, zeñorita. Zi no fuea mirando que lo zoy, yo le diría á usté más e cuatro cozas e la muchacha. Pero de boca e un padre paece que no puean zalí más que alabanzas de zu hija.

Amparo. ¿Ella ha servido alguna vez?

Encarna. Zerví, zerví... he zervío; pero zerví, zerví, zerví en una caza... que una diga zerví... no he zervío.

Ventura. Pa que usté lo comprenda mejón, zeñorita, porque esta no ze zabe explicá: lo que toca zerví, ha zervío; pero zerví, zerví, zerví, de veras zerví... que digamos zerví... no ha zervío.

Amparo. Desde luego aquí, en Olivares, no ha estado en ninguna casa, ¿verdad?

Ventura. En Olivares, no; no ha estao en ninguna caza.

Encarna. Nozotros hemos pazao diez años cabales, —mi pupá, mi mumá, una zervidora y mi hermaniyo Esteban,—ahí guardando la *Güerta e las Palomas,* más ayá de *Fuente Zalobre.*

Ventura. Er zeñorito conocerá eza finca.

Don Baltasar. En efecto; sí la conozo. ¿Es todavía de don Juan de Zuleta?

Ventura. No, zeñó: lo ha zío hasta jace poco, y eza es nuestra esgracia.

Encarna. Don Juan no iba nunca por ayí, ni ze le importaba na de aqueyo. Como es tan raro... Azín es que nozotros, mejón que los guardas, éramos loz amos de to. Vivíamos en la gloria, zeñorito. Bien comíos, bien lavaos, bien dormíos, zin ninguna farta, y en medio de aqueyos campos tan alegres, ya podía er rey de Francia habernos dicho que zi cambiábamos con é.

Ventura. Ayí ze ha criao esta: azín está, que da orguyo mirarla.

Encarna. Ruborosa. ¡Pupá!... Pero don Juan le ha vendío la finca á unos inglezes de Jeré...

Ventura. Porque aquí va rezurtando ya que zon inglezes jasta los cigarrones...

Encarna. Y jace coza e dos zemanas ze perzonaron ayí dos tíos que no cabían á entrá por eza puerta...

Ventura. Con unas botas que parecían cajones e jigos...

Amparo. ¿También ingleses?

Ventura. También. Pero nos dijeron en españó que estábamos ayí de zobra. A la cuenta eran dos de los compraores.

Encarna. Yorando me pazé yo to er día, zeñorita... Como ayí me he criao... Zi me zacan de entre mi gente, no lo ziento más.

Ventura. Conque azín es que hubo que liá er petate,

y rabo entre piernas, venirnos tos cuatro pa er pueblo á ganarnos la vía.

Encarna. Y adiós la *Güerta e las Palomas.*

Ventura. Y va usté á vé qué cuadro más esconzolao: mi mujé, bardá; lo único que pué mové es la lengua, y naturarmente, ze espacha á zu gusto... y to ze le güerve mandarme á mí que jaga argo.

Encarna. Mi hermaniyo Esteban, que zi gana un jorná de dos reales, zerá to lo e Dios.

Ventura. Porque er campo está ca día más malo, zeñorita...

Encarna. Mi pupá, que ya es viejo pa mové los brazos...

Ventura. Harto jaré con ganá otro peazo e telera que yevá á la boca...

Encarna. De mo y manera, zeñorita, quo yo que no zoy malina y que me veo de pronto con toas estas necezidaes alreó, he cogío y me he dicho pa mí: Encarniya, á procurá un zalario... y una boca menos en tu caza.

Amparo. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

Encarna. Encarniya.

Ventura. En er pueblo le dicen Encarna; pero ze yama Encarnación.

Amparo. ¿Y qué edad tiene usted?

Encarna. Vacilando. ¿Qué edá tengo, pupá?

Ventura. Lo mismo. Tu madre lo zabe.

Amparo. Pues aquí, si usted cumple, estará más contenta que en la *Huerta de las Palomas.* El salario ya lo sabe usted por la señorita. Viene usted para el cuerpo de la casa, pero de seguro que el trabajo no la matará. Mucha limpieza es lo que quiero.

Ventura. A güena parte va usté á dí. Es más limpia que er chorro e una fuente. Ze lava más que un gato. Le zaca briyo á un rayo'er zó.

Oyese á POLANCO silbar dentro. A poco, después de la pregunta

de don Baltasar, sale por la puerta del jardín silba que silba, con un collar con cadenilla en la mano.

Don Baltasar. ¿Quién anda por ahí?

Polanco. *¡Veneno! ¡Veneno!*

Amparo. ¡Si es Polanco!

Polanco. ¿No habeis visto á *Veneno?*

Don Baltasar. No hemos tenido esa ventura.

Polanco. Loco me trae. Le he dado la vuelta á la casa buscándolo, y no parece. *¡Veneno! ¡Veneno!*

Amparo. No; por aquí no ha pasado; no se canse usted. Habla bajo con Encarnación y Ventura.

Polanco. ¿A que se ha ido á la panadería? ¡Seguro! ¡Sí; porque tiene allí la novia! Reparando de pronto en Encarna y mirándola con sorpresa y descaro. ¿Hola? Buenas noches.

Encarna. Güenas noches.

Ventura. Güenas noches tenga usté.

Polanco. Bajo á don Baltasar. Chico, ¡qué morena! ¿Es esta la que viene á sustituir á Mariquilla?

Don Baltasar. Contestándole á regañadientes. No sé... Quizás...

Polanco. ¿Qué te detiene? Tómala, tómala; que salimos ganando en el cambio.—*¡Veneno! ¡Veneno!* ¿En dónde se habrá metido ese bribón? *¡Veneno!* Vase por la puerta del patio sin dejar de silbar.

Don Baltasar. Y en fin, ¿se ha convenido usted con mi hija?

Encarna. ¿Cómo dice usté?

Don Baltasar. Que si al cabo se resuelve usted á servirnos.

Encarna. Yo zí. ¿Verdá, pupá?

Ventura. Zi eres gustoza de eyo...

Encarna. ¿Dónde vi á está mejón?

Don Baltasar. Mucho me place esa confianza, y desde luego le aseguro que si cumple usted con su obligación, no tendrá por qué arrepentirse de ella.

Amparo. Entonces...

Don Baltasar. Aguarda un poco, hijita. Ahora quiero yo hacerle algunas advertencias, de que no te has curado tú, por entender sin duda que son de mi exclusivo fuero. *Encarna y Ventura lo oyen con la boca abierta.* En casa de don Baltasar de Quiñones nunca ha habido criados, en la baja acepción que da á esta palabra la mala crianza social. Mis criados son mis amigos. Por lo mismo que de mis mayores heredé blasones que no ostento, por estimar que la nobleza de las personas no está en s escudo, sino en sus acciones, trato á los que en mi servicio se emplean con aquella delicadeza y aquella bondad que únicamente pueden endulzar á los humildes el haber pobremente nacido. El bienestar de que yo disfruto, es por igual de todos cuantos me rodean; y mis escasas luces, mis discretas lecturas, son también para todos, puesto que procuro alumbrar su espíritu con mis enseñanzas. Todos mis criados aprenden, bajo mi inmediata dirección, por lo menos á leer y á escribir. Es costumbre que heredé de mis padres. Algunas burlas de los maliciosos é ignorantes me cuesta el practicarla, y en el Casino de este inculto pueblo, donde no se sabe hablar más que del ganado lanar y de cerda, se hace chacota de mí y se parodian mis lecciones: lo sé, y me importa un ardite. ¿No se ha de sembrar porque haya gorriones en el mundo? He dicho cuanto tenía que decir. *Se echa las manos á la espalda y vuelve á sus paseos.*

Ventura. *Después de un momento de vacilación.* Güeno, pos... ¿A ti qué te paece, Encarniya?

Encarna. Que me queo aquí... ¿qué va á parecerme?

Ventura. ¿Tú te has jecho cargo bien de to lo que ha jablao er zeñorito?

Encarna. Zí, zeñó.

Ventura. Ziempre has zío tú la más lista e la caza.

Encarna. Conque zi usté, zeñorita, no tiene na que

mandarle á una zerviora, mi pupá y yo nos vamos con zu licencia, y usté dirá desde cuando tengo que vení.

Amparo. Desde mañana. Venga usted mañana. *A su padre.* ¿No te parece?

Don Baltasar. Tú lo dispones á tu conveniencia.

Encarna. Mañana, ¿verdá?

Amparo. Sí; mañana.

Encarna. Ea, pupá, pos vámonos.

Ventura. Antes quieo yo decirle también dos palabras ar zeñorito.

Don Baltasar. ¿A mí?

Ventura. Zi usté me lo conziente.

Don Baltasar. ¡Ya lo creo!

Ventura. Mi niña, jasta ahora, en güena hora lo diga, ¿zabe usté? nunca ha cerdeao, que yo zepa...

Don Baltasar. ¿A qué llama usted cerdear?

Ventura. Tocante á novios, zeñorito...

Don Baltasar. Ah, vamos.

Ventura. Y aunque eya es fié, y formá, y de ley, ziempre es güeno que haiga quien la vegile... ¿usté me entiende? De mo, zeñó don Bartazá, que zi uste güele tanto azín de noviajo, tiene usté mi permizo pa eslomarla.

Don Baltasar. Ha debido usted comprender después de haberme oído, que no entra en mis principios deslomar á nadie. Ni siquiera á las bestias. Mucho menos á quien en lugar de lomos tiene espaldas.

Ventura. Pero zi le zale argún novio...

Don Baltasar. Si le sale algún novio, cosa demasiadamente natural, puesto que es bella y joven, y el amor no sabe andar ocioso entre la belleza y la juventud, así como me propongo cuidar de su inteligencia, cuidaré también de su moralidad.

Encarna. Zeñorito, zi yo no pienzo en novios; zi es que á mi pupá le gusta abochornarme...

Don Baltasar. Ni una palabra más sobre este asunto.

Ventura. Pos entonces, jasta mañana, zeñorito.

Don Baltasar. Id con Dios.

Encarna. Jasta mañana, zeñorita.

Amparo. Adiós. Hasta mañana.

Encarna. A su padre, en tono de riña, mientras se encaminan al foro. ¿Por qué dice usté ezas cosas, pupá? ¡Ni que fuera yo una cabra loca!... Se van por el jardín disputando.

Amparo. ¿Sabes que me gusta mucho esta mujer?

Don Baltasar. Sí que tiene muy buena gracia.

Sale POLANCO por la puerta del patio, con «Veneno», sujeto ya con la cadenilla. «Veneno» es un perro insignificante, pero algo cómico. Momentos antes de salir lo anuncia el ruido de un cascabelito que lleva en el collar.

Polanco. ¿Se queda? ¿Se queda?

Don Baltasar. ¿Cómo?

Amparo. ¿Qué?

Polanco. ¿Se queda?

Don Baltasar. Pero, ¿quién se queda?

Polanco. ¡La criada! ¿Estás tonto?

Amparo. Sí se queda, sí.

Polanco. Me alegro.

Don Baltasar. ¿Dónde estaba ese?

Polanco. En tu cama. Dormido como un ángel.

Don Baltasar. ¿Sí, eh?

Polanco. No te enfades, hombre. Como la tienes junto al balcón y allí corre fresco... Acariciando al animal. ¡Granuja!... Bueno, yo me voy. Adiós, nenita. ¡Ah! Ya sabía yo que tenía que deciros algo. Mañana en la ceremonia, me presento así. Yo no me visto.

Amparo. ¿Así, Polanco?

Don Baltasar. Mira, Perico; en serio te hablo ahora. No por consideración á ti ni á mí, sino por respeto á mi hija, á su novio, á la solemnidad del acto y á las personas que han de asistir á él, te ruego que mañana por excepción te laves, te cepilles un poco, te limpies el calzado y te pongas una corbata.

Amparo. No es mucho pedir.

Polanco. ¿Con que una corbata? Dolido. ¿Es decir que juzgais una amistad como la mía, por un cintajo?

Don Baltasar. No es eso, hombre...

Polanco. ¡Sí es eso, hombre!

Amparo. Váyase usted á la cama, Polanco. No la enredemos.

Polanco. Me voy, me voy: y con muy mal sabor de boca, por cierto.

Amparo. Ya se le pasará. Si Romana está en la puerta, dígale usted que cierre y que apague la luz.

Polanco. Hasta mañana, niña. Que pases buena noche. Anda, *Veneno*. Vase por la puerta del patio.

Don Baltasar. ¿Y no se despide de mí? ¡Es eminentemente ridículo!

Polanco. Asomándose á la puerta picadísimo y retirándose en el acto. Cuando se marcha una persona de una habitacicn, se espera un poco más para hablar mal de ella. Buenas noches.

Don Baltasar. ¡El diablo que te lleve!

Amparo. ¡Virgen María, qué buen señor! Este nos da la boda mañana.

Llega ANDRESILLO por el jardín.

Andresillo. ¿Se ofrese arguna cosa, señorito?

Don Baltasar. Nada ya: puedes acostarte.

Amparo. Escucha: ¿llevaron á *Pinatares* el vino?

Andresillo. Sí, señorita: desde antes de anochesío está ayí. Esta noche en er cortijo no duerme naide. Hasta funsiones van á echá. Y mañana, me ha dicho el aperaó que ar paso der tren van á salí tos los hombres ar camino pa saludarla á usté con los sombreros.

Amparo. Bueno está eso: no es mala despedida.

Andresillo. ¿Manda usté argo más?

Amparo. Nada. Hasta mañana.

Andresillo. Hasta mañana.

Don Baltasar. Adiós.

Andresillo. ¿Suerto er chorro e la fuente?

Don Baltasar. No: que luego no me deja dormir.

Vase Andresillo. Extínguese la luz que entraba del patio.

Sale por la puerta de este ROMANA, criada vieja de la casa, dulzona y solícita, de corazón tierno y lágrimas fáciles; más respetada por la tradición que por sus servicios presentes. Tiene los cabellos blancos y viste de oscuro. Los brazos siempre al aire.

Romana. Güenas noches, don Bartasá. Güenas noches, niña.

Don Baltasar. Que descanses, Romana.

Amparo. ¿Y Leonor?

Romana. En la ventana con er novio.

Amparo. Pues dile que se meta dentro; que son las once ya.

Romana. ¿Te yamo mañana temprano?

Amparo. No hará falta: yo me despertaré.

Romana. Ea, pos güenas noches. Vase.

Amparo. Buenas noches. ¿Y tú, vas á acostarte?

Don Baltasar. No tan pronto. Quiero estar un rato contigo. Deseaba que todos se fueran...

Amparo. Yo también.

Don Baltasar. Es la última noche que pasamos juntos... la última que estás en tu casa. Ven acá. La sienta á su lado. Al despertar de la de mañana, otra gente, otro mundo, otra vida... En torno tuyo, otros muros que los de esta casa, que te han visto crecer entre ellos; frente á ti otros ojos, que te miren como quieran, nunca te mirarán como yo.

Amparo. Papá, si te vas á poner triste, lo dejamos.

Don Baltasar. ¿Pues cómo quieres que me ponga? Malo sería que yo estuviera alegre esta noche. Me dejas muy solo, nenita: muy solo.

Amparo. No te apures: ya vendré á verte: ya irás tú á Madrid. Además, Carmita...

Don Baltasar. Sí: Carmita es preciso que vuelva. No

es posible dilatar más tiempo... No es posible, no. Ni siquiera es humano.

Amparo. Si vieras... Su última carta me ha hecho llorar yo no sé las veces. . Siempre que la leo. No te la he dado porque no padecieras tú. ¡La ilusión en que vive le hace decir unas cosas tan tristes al hablar de mi boda!

Don Baltasar. Cállate, por Dios... Menester es que esto concluya, cueste lo que cueste... ¡Pobre estrellita mía!... ¡Se asomó á la vida creyendo que estaba en el cielo, y se encontró con que estaba en la tierra!... Silencio. Yo he pensado—á ver qué te parece á ti—que así que pase esta tu primera temporada de mieles y de flores, si Rafael no tiene en ello reparo alguno, vengas conmigo, y juntos los dos vayamos por ella.

Amparo. Sí; es lo mejor. Rafael no tendrá inconveniente.

Don Baltasar. ¡Qué triste la vuelta de mi niña á esta casa!

Amparo. ¿Ves, papá, por lo que yo no quería que hablásemos solos?

Don Baltasar. Falta de ella quien la supo llenar con su alma en vida, y ahora la llena con su recuerdo.

Amparo. No llores...

Don Baltasar. ¿Para llorarlo todo tú?

Amparo. Dices bien. Siempre que hablamos de esto acabamos así.

Don Baltasar. A Dios gracias, hija.

Amparo. Bueno, pero ya esta noche no hay más lagrimitas.

Don Baltasar. ¿Lo quieres tú?

Amparo. Lo mando.

Don Baltasar. Entonces... Silencio. Se levanta. ¿Vas á acostarte ya?

Amparo. Sí. Y tú también.

Don Baltasar. Yo, no. Ahora me sería imposible con-

ciliar el sueño. Daré unos paseos por el jardín, á ver qué me dicen los árboles.

Amparo. ¿Qué te han de decir? ¡Que te acuestes!

Don Baltasar. Se guardarán muy bien, porque no les haré caso ninguno. Me hablarán de mis melancolías...

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Los árboles no dicen más que lo que uno quiere que le digan. Por eso los prefiero siempre á las personas.

Amparo. ¿Insistes en quedarte?

Don Baltasar. Como no te enoje mucho, me quedo.

Amparo. Haz tu gusto. Besándolo Hasta mañana, papaíto.

Don Baltasar. Hasta mañana, señora de Peñalver.

Amparo. Aún no lo soy. ¿Por qué cambias las cosas? Yo te he dicho lo que todas las noches: hasta mañana, papaíto.

Don Baltasar. Pues entonces hasta mañana, corazón. Amparo se retira por la puerta del patio, en la cual se detiene un momento para sonreirle cariñosamente á don Baltasar. Este se interna por el jardín diciendo los siguientes versos de Garcilaso:

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!
Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan...

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de don Baltasar. Al foro una puerta que da al patio, el cual ės de grau amplitud, y una ventana grande sin reja. A la izquierda del actor una puerta más pequeña de cristales, que conduce á un patinillo limpio y alegre. A la derecha un torno que comunica con la cocina y por el cual se sirve la comida. Mesa en el centro. Un aparador en el foro. Mecedoras y sillas de vaqueta y un sillón frailuno de lo mismo. Inmediato al torno un aguamanil. Junto á la puerta del patinillo, en primer término, una pequeña anaquelería. Sobre su tabla superior papel y varias carpetas para escribir algunas plumas de ave y dos ó tres tinteros. Las tablas inferiores llenas de libros. Ante ellos algunos retratos en fotografía. Suelo de lositas de colores. Zócalo alto de azulejos. Es de noche. Luces en el patio y en el comedor.

ENCARNA, ROMANA y ANDRESILLO esperan al señor. Estos dos últimos están sentados: Andresillo en una mecedora. Encarna muy emperejilada y limpia, con flores en el pelo, delantal blanco y un pañolillo de espuma sobre los hombros. Andresillo de «guayabera» de dril. Romana como en el primer acto.

Encarna. Ze tarda er zeñorito.

Romana. Es que ar pobre se le viene la casa ensima, y cuando sale de eya no quisiea gorvé.

Encarna. ¿Ande ha dío esta tarde: á *Pinatares?*

Andresillo. A mí me mandó ensiyá er *Morito*, y tiró como pa la Verea.

Romana. Yeva un mes, desde la boda e la señorita Amparo, que no es conosío. ¡Más triste, más triste!... ¡con un semblante e desconsuelo!...

Encarna. Pos á mí no me paece tanto.

Romana. Pos está, está mu caío.

Andresillo. ¡Vaya si lo está! Como que tiene toa la cara der Señó amarrao á la colurna que hay en San José.

Encarna. Soltando la risa. ¡Qué reburlón eres!

Romana. Bonita condisión: divertirse de quien le da er pan que come.

Andresillo. ¡Señora, si me jase grasia!... ¿Eso qué tiene que vé con que yo esté mu contento á su vera?

Encarna. ¿Cuánto tiempo yevas tú en la caza, Andreziyo?

Andresillo. Cuatro años se han cumplío por San Juan.

Encarna. ¿Y usté, Romana, yeva mucho?

Romana. Mucho: cuasi la edá que tengo. Mi madre fué siempre lavandera de acá, y mi padre hasía tos los años la matansa... Conque aplica er cuento... Suspirando. ¡Ay, esta casa ha dao más güertas que una jaspa e molino! To está onde estaba; pero to ha cambiao. Ni siquiera las golondrinas vienen ya por Agosto á los alambres e la vela.

Encarna. Con curiosidad infantil, que va creciendo por momentos. ¿La zeñora era mu reguapa, verdá usté?

Romana. Mu reguapa, y mu recariñosa, y mu regüena, y to lo que se quiera desí; porque to es poco pa ponderarla. Yenaba la casa eya sola.

Andresillo. Como aqueya mujé no se amasan ya más mujeres. Tenía un aqué, una manera de mandá, que la servía uno deseando gustarle. ¿Ves lo tieso que es er señorito, que paese que toa la vía lo están tayando?

Romana. ¿Quiés dejá ar señorito, hombre?

Andresillo. Pos ar revés. Y aluego, era un aire de santa er suyo, y un agrao en to, que alargaba la mano asín pa darte dos pesetas, y te creías tú que te daba dos mil reales. ¿Verdá, Romana?

Romana. Como esta es noche.

Encarna. Don Bartazá me han dicho á mí que era mu zeloso.

Romana. Más que un turco. Si yo contara las ersenas que he visto en este mismo comeó... Un día pensé que se liaba á tiros con toas nosotras.

Encarna. ¡Ay, Jezú, qué miedo! Y diga usté, Romana: la zeñorita que ze ha cazao, ¿ze paece á zu mamá?

Romana. No pué negá que es hija suya, ¿sabes tú? pero es más mandona, más tiesa; tiene más der genio e su padre. En cambio Carmita es toa una estampa á doña Aurora.

Encarna. ¿Cuá Carmita?

Romana. La más chica de las dos hermanas.

Encarna. Ah; la más chica.

Romana. Sí; la que está fuera.

Encarna. Ah; la que está fuera.

Andresillo. Esa me gusta á mí tanto como la madre. ¡Valiente niña más presiosa!... Aqueyo es un regalo.

Encarna. Cogiendo uno de los retratos. ¿Es esta, no?

Romana. Sí; pero ese retrato es mu antiguo. ¿Ves este de su madre? Cogiendo otro. Pos más se le parese aquí.

Encarna. ¿Zí, verdá?... ¡Ya lo creo que era guapa la zeñora! ¡Y qué coza más particulá tenía en la vista!

Romana. Dos años antes de morí se lo hiso la pobre.

Encarna. ¿Y ze peinaba azín? Deja los retratos en su sitio.

Romana. ¡Claro, mujé!

Encarna. Pos yo ziempre que me vi á retratá me pongo otro peinao.

Romana. ¿Y vas tú á compararte con el ama, peaso e borrica?

Encarna. En mi baú tengo yo un retrato--mañana ze lo vi á enzeñá á usté—que ez estarme viendo. Describe á lo vivo con candorosa vanidad la actitud que tomó para retratarse y cómo se vistió. Me puze azín, con una mano azín, y la otra aquí azín; la cara azín; dos zarciyos de mi madre que me caían azín; un mantón de mi prima con er fleco jasta aquí azín, y este deo zeparao azín, enzeñando una zortija e briyantes que me prestó mi zeñorito. Aquí azín: estoy aquí azín.

Andresillo. ¿Y la cara es la tuya ó te la prestaron también?

Encarna. Amenazándolo. ¡Verás tú zi te doy un guantazo!

Andresillo. Estate quieta, que les temo á tus manos más que á enganchá las mulas.

Encarna. ¿Zí, eh? ¡Pos toma! Echa violentamente hacia atrás la mecedora en que está Andresillo, el cual se tira de ella para no caerse. Después corren persiguiéndose el uno al otro por todo el comedor. Ella no cesa de reir. ¡Pa que me lo digas de veras!

Andresillo. ¡No seas bruta, Encarniya! Ahora verás tú.

Encarna. ¡Como que me vas á cogé!

Romana. A vé si se lastiman ustedes.

Andresillo. ¡Es que esta cabra se cree que está toavía á campo abierto!

Encarna. ¡Como que me vas á cogé!

Romana. Juegos de manos, juegos de viyanos.

Andresillo. Ahora no te escapas, ladrona.

Encarna. ¡Ya jumates! ¡Como que me vas á cogé!

Romana. ¡Er señorito!

Andresillo. Verás tú luego.

Encarna. Por lo bajo.

Rabia, rabiña,
tengo una piña,

tiene piñones
y tú no los comes.

Quietud completa. Llega DON BALTASAR por la puerta del patinillo. Viene de dar un paseo á caballo. Trae amplio sombrero de fieltro, al que sólo le falta una pluma, fusta en la mano y espuelas de plata. Su continente es grave y melancólico.

Don Baltasar. Dios os guarde.

Romana. Sea usté bien venío, señó.

Encarna. Tenga usté güenas noches.

Andresillo. Güenas noches.

Don Baltasar, reposadamente, deja en una silla el sombrero y la fusta, se enjuaga los dedos y se sienta en su sillón frailuno. Estira las piernas y Andresillo le quita las espuelas sin decir palabra.

Romana. ¿Estaba Diego en la cochera?

Don Baltasar. ¿Pues quién, si no, me iba á abrir el postigo? ¿Había yo de saltar por las bardas? Silencio largo. Se acomoda para comer; los criados lo miran esperando órdenes. Mis fieles servidores, dadme de yantar.

Encarna. A Andresillo, bajo. ¿De qué ha pedío?

Andresillo. Lo mismo á Encarna. De comé: sólo que jabla en griego.

Don Baltasar. ¿Qué murmurais ahí? ¿No habeis oído lo que he dicho? Obedecedme.

Andresillo y Romana se van por la puerta del foro hacia la derecha. Encarna se sitúa junto al torno y da dos golpes en él con los nudillos.

Don Baltasar. Gritando de pronto, sin conciencia de lo que hace. ¡Amparo!

Encarna. ¡Zeñorito!

Don Baltasar. ¡Jesús!

Encarna. ¿Yamaba usté á la zeñorita?

Don Baltasar. Ya lo ves. Hace mucho tiempo que llamo... que llamo... dando al aire distintos nombres, y sólo el eco me contesta.

Encarna. ¿Qué ze le va á jacé?

Don Baltasar. Bien dices. Callan.

Encarna. Volviendo á dar golpes en el torno. ¡Leonó! ¡Las zopas!

Ábrese el torno que comunica con la cocina, y por él va recibiendo y devolviendo los platos Encarna, que sirve la comida á don Baltasar en el transcurso de esta escena.

Don Baltasar. Contrariado, pero con dulzura. ¡Mujer! ¿Cuántas veces he de corregírtelo para que no lo olvides?

Encarna. ¿Er qué, zeñorito?

Don Baltasar. Bien que se trata de un defecto general de tu pronunciación, sencillamente gracioso por otra parte; pero es el caso que en esa palabra me crispa los nervios. ¿Por qué no dices *sopas* y no *zopas?*

Encarna. Ay, es verdá; que me lo riñe usté tos los días.

Don Baltasar. No te lo riño; te lo afeo.

Encarna. ¿Cómo es? ¿cómo es?

Don Baltasar. Simplemente con *ese:* sopas.

Encarna. ¿Con *eze*, verdá?

Don Baltasar. ¡Con *ese!*

Encarna. De manera que ze debe decí: *zo...*

Don Baltasar. *¡So!*

Encarna. Haciendo un esfuerzo supremo. *So...*

Don Baltasar. ¡Justo!

Encarna. *So... pas.*

Don Baltasar. Así, así. Dilo ahora seguido.

Encarna. Con mucha decisión. Zopas.

Don Baltasar. ¡Vaya por Dios! Tráemelas ya, con ese ó con zeta, que aguardan en el torno.

Encarna. Zeñorito, es que me atorruyo; pero ya aprenderé.

Don Baltasar. ¡Aturrullo!

Encarna. Atorruyo; güeno.

Don Baltasar. Poco he de comer hoy. Me llevó el jamelgo hasta el *Molino de las Brujas*, más por su voluntad que por la mía, y quieras que no quieras, aquella

pobre gente me regaló con un trozo de queso fresco de sus cabras, y un trago de vino de sus vides. Bien me supo el obsequio, esta es la verdad; pero me ha quitado el apetito.

Encarna. ¿Y cómo están los campos, zeñó?

Don Baltasar. Como tú, de lozanos y alegres.

Encarna. ¿Como yo?

Don Baltasar. Como tú, ¿qué te admira? Cien veces te he dicho que más pareces fruto de la tierra y del sol, que hija de los hombres.

Encarna. ¿Y ezo es malo?

Don Baltasar. Riendo á pesar suyo. No... Nada te diré yo que lo sea, zagala gentil. Escúchame: ¿echas mucho de menos tu vida libre de la *Huerta de las Palomas?*

Encarna. No, zeñó.

Don Baltasar. Con franqueza.

Encarna. No, zeñó, no, zeñó: que estoy mu á gusto en zu caza de usté.

Don Baltasar. Que me place. Se atusa el bigote.

Encarna. Claro que acordarme... me acuerdo. Y azín tiene que zé: aunque no zea más que por las veces que he dormío la ziesta entre aqueyos pinares, y que me he bañao er cuerpo en aquel arroyo. Y zi usté zupiera una coza...

Don Baltasar. ¿Qué cosa?

Encarna. Avergonzada Na...

Don Baltasar. ¿Qué cosa, mujer?

Encarna. Na, zeñorito... Toas las tardes ze lo quieo decí á usté... y toas las tardes me entra er mismo bochorno...

Don Baltasar. Sabes cuánto me enoja que me trateis como á señor de horca y cuchillo. De suerte, Encarna, que habla lo que quieras.

Encarna. Decidiéndose al fin. La noche que yo me ajusté acá, azín que zalimos á la caye, ze lo conté á mi padre: me estaba dando güertas en la cabeza... ¿Usté no

ze acuerda de haberze perdío en er campo ninguna vez?

Don Baltasar. Una no: muchas.

Encarna. ¿Ze acuerda usté de una mañana que iba usté buscando la *Hacienda e las Flores?*

Don Baltasar. *¿La Hacienda de las Flores?*

Encarna. Zí: más ayá del *Arminarejo...* Ahora hace cuatro años. Iba usté en una jaca negra.

Don Baltasar. Cabalmente. Y recuerdo que me perdí aquella mañana.

Encarna. Por ezo lo digo. ¿No ze acuerda usté de na más?

Don Baltasar. Aguarda... aguarda...

Encarna. ¿No iba usté abrazaíto e zé... y le pidió usté agua á una chiquiya?

Don Baltasar. Sí; justo...

Encarna. ¿Y no acierta usté quién era la chiquiya?

Don Baltasar. ¿Acaso tú?

Encarna. Yo mismita. ¿No ze acuerda usté de que tenía un zagalejo colorao, y de que usté me dijo luego que le parecía una graná?

Don Baltasar. Del requiebro no hago memoria, aunque está en mi naturaleza decirlos. Lo que sí recuerdo es que fuimos juntos en busca de la fuente...

Encarna. Que está mu escondía...

Don Baltasar. Y no había vasija para beber...

Encarna. Y yo corté una pita der camino y le jice á usté una copa en un istante...

Don Baltasar. Y bebimos los dos...

Encarna. Pero usté quizo que yo bebiera primero... Y azín que descanzó usté un poco, yo misma lo guié jasta er cazerío de la *Hacienda* pa que no gorviera á perderze.

Don Baltasar. Es verdad. Y por el camino te hablaba yo de algunas cosas que tú no entendías...

Encarna. Ezo iguá que ahora: lo mismo que ahora...

Zi por ezo he caío yo en que era usté... Porque usté está cambiao. Entonces yevaba usté er pelo de otra manera.

Don Baltasar. Para cambio el tuyo: ¡lo que has espigado, muchacha! ¡De tierno brote, á fruto sazonado y maduro!—¿Está esto soso, ó es mi boca?

Encarna. No zé: como no lo he probao...

Don Baltasar. Prueba á ver.

Encarna. ¿Que pruebe?

Don Baltasar. Sí, mujer; toma.

Encarna. Zeñorito...

Don Baltasar. Toma, simple. ¿Qué mal hay en ello?

Encarna. Obedeciéndolo con cierta vergüenza. Yo lo encuentro en zu punto; pero zi quiere usté la zá...

Don Baltasar. No, déjalo. Ya no la toma bien...—¡Vaya, vaya! ¿Con que somos amigos antiguos?

Encarna. Azín parece, zi, zeñó...

Don Baltasar. Todo lo bueno que viene á mí, del campo viene... Sus aires me orean, sus olores avivan mis sentidos... Mostrándole una yerbecilla que trae en el ojal de la solapa. A ver, tú, ¿qué es esto?

Encarna. ¿Ezo? Mejorana.

Don Baltasar. Mejorana es.

Encarna. ¡Qué oló más der campo!

Don Baltasar. Huele, si te gusta.

Encarna. No es menesté: desde aquí la güelo.

Don Baltasar. Acércate, mujer.

Encarna. Volviendo á obedecerlo, siempre ruborosa y cortada. Lo que usté quiera, zeñorito...

Don Baltasar. Pero no te pongas colorada. Dime: ¿y á ti, á qué te huelen los cabellos?

Encarna. A pretolio. Me junto pretolio pa zacarles lustre.

Don Baltasar. Pues haces mal en dos cosas: en darte eso, y en llamarlo como lo llamas. No se dice *pretolio,* sino *petróleo.*

Encarna. ¿Cómo?

Don Baltasar. Petróleo. Dilo á mi vez. Pe...

Encarna. Pe...

Don Baltasar. Tro...

Encarna. Tro...

Don Baltasar. Leo...

Encarna. Leo...

Don Baltasar. Pe-tró-le-o.

Encarna. Pe-tró-le-o.

Don Baltasar. A ver tú sola.

Encarna. Pretolio.

Don Baltasar. ¡Bueno va! Hoy no estás para lecciones de prosodia.

Encarna. ¿Y por qué me dice usté que no me junte ezo?

Don Baltasar. Porque el brillo que tus cabellos adquieran, será postizo y contrahecho; y nunca son más bellas las cosas que en su ser natural.

Encarna. Yo lo que zé es que ze me ponen más bonitos.

Don Baltasar. Lo dudo, zagala; pero puesto que así sea, observo que te desvela el emperejilarte y pulirte. ¿A quién le quieres gustar tanto?

Encarna. A mí na más.

Don Baltasar. ¿Nada más que á ti?

Encarna. Na más, na más...

Don Baltasar. Con oculta emoción. ¿No quedó por aquellos contornos de la *Huerta* ningún pastor enzamarrado que para pastora te soñase?

Encarna. Turbada. No, zeñó, zeñorito...

Don Baltasar. Pues ¿por qué te turbas?

Encarna. ¿Qué?

Don Baltasar. ¿Que por qué te turbas y te amohinas?

Encarna. Porque me da mucha vergüenza de usté...

Don Baltasar. ¿Vergüenza de mí?... Ya... ya lo veo...

Harto dice tu rubor que es verdad que la sientes... Y ahí tienes tú cómo lo natural es lo bello: mira tu rostro, transformado sin afeite alguno de rosa pálida en clavel encendido... Advirtiendo que el rubor de Encarna sube de punto. ¡Y de clavel en amapola!

Encarna. Y zi no ze caya usté vi á yorá...

Don Baltasar. ¡Muchacha!

Encarna. Me da mucho bochorno, zeñorito... no lo pueo remediá... Me da mucho bochorno...

Don Baltasar. ¡Pero no te vayas!

Encarna. Zi es que están yamando á la cancela...

Don Baltasar. Ah; bien...

Encarna. Me da mucho bochorno... me da mucho bochorno... Volviendo la cara desde la misma puerta. ¿Qué?

Don Baltasar. Nada, hija mía; nada. No he dicho nada...

Encarna. Me da mucho bochorno... Se va.

Don Baltasar quédase silencioso, suspira después, y últimamente recita, saboreándolos, los siguientes versos de Virgilio:

Don Baltasar.

> *Malo me Galatea petit, lasciva puella,*
> *et fugit ad salices, et se cupit ante videri...*
> Me arroja una manzana Galatea,
> y entre los sauces á esconderse huye
> procurando primero que la vea...

Llegan PEPA RUIZ y DON JULIO. Vienen á pasar la velada. Don Julio es tío de Pepa. Un señor sin personalidad; de esos que se mueren un día y no lo nota nadie. Habla con cierto sonsonete monótono que no se puede resistir. Pepa viene con mantón de espuma en forma de chal. ENCARNA, durante esta escena, recoge los restos de la comida, quita el mantel y cubre con un tapete la mesa, ayudada por ANDRESILLO.

Pepa Ruiz. Pero ¿qué es esto? ¿Aún no ha termina do usté de comé? Vesino, usté va a perder el estómago...

Don Julio. Sí, es tardecillo, sí...

Don Baltasar. Es la hora de fumar un cigarro... Conque si usted quiere acompañarme, mi señor don Julio...

Don Julio. Sí; echaremos un cigarro, sí...

Pepa Ruiz. Vengo esta noche porque no me diga usté descastada; pero tengo que marcharme muy pronto. Lo que sí me traigo es er mundiyo, como siempre. Por supuesto, voy á dejarlo acá, porque en casa no pongo mano en las labores.

.Don Baltasar. Haga usted lo que quiera y deje el mundillo donde le plazca: yo, de mis servidores y de mí, respondo; del perro de Polanco, no.

Pepa Ruiz. Riéndose. ¡Pero qué manía le tiene usté ar pobre *Veneno!* Se sienta á la mesa á hacer encaje de bolillos. Don Baltasar se sienta á su lado en una mecedora. Don Julio, que también se sienta á la mesa, saca del bolsillo varias cartas cerradas, y se dispone á abrirlas.

Don Julio. Consultando su reloj. Sí, ya hace hora y media, sí...

Don Baltasar. ¿Eh?

Don Julio. No; que ya hace hora y media que he comido... No me sentará mal. Con permiso de usted voy á leer estas cartas.

Don Baltasar. Usted está en su casa, amigo don Julio...

Don Julio. Ahí tiene usted: en mi casa no me gusta leer la correspondencia.

Don Baltasar. Ya, ya lo veo.

Don Julio. ¡Manías! Entrégase á su tarea con gran ahinco. Por cierto que es miope y lee incrustando las narices en el papel.

Encarna. ¿Quiere usté argo, zeñó?

Don Baltasar. Nada: vete á comer, que es tarde.

Encarna. Güenas noches, doña Pepa.

Pepa Ruiz. Adiós, Encarniya.

Andresillo. Güenas noches. Se va con Encarna por la puerta del foro.

Pepa Ruiz. Le tengo que desí á esa muchacha que no me yame doña Pepa.

Don Baltasar. Pues ¿cómo ha de llamarla?

Pepa Ruiz. De cuarquier modo menos así. Ese nombre es de pupilera Y yo estaré ya *foudonsiya*, don Bartasá, pero no pa echarme á los perros.

Don Baltasar. Ciertamente que no, vecina.

Pepa Ruiz. ¿Le sirve á usté bien?

Don Baltasar. A pedir de boca, señora.

Pepa Ruiz. Si no se malea...

Don Baltasar. Creo que no.

Pepa Ruiz. No le dé usté muchas alas, por si acaso.

Don Baltasar. Es fundamentalmente buena: candorosa, sin tocar en la tontería; con un candor primitivo, selvático, infantil... Luego, tiene una condición para mí inestimable: la de ser limpia como la arena de la playa, y tan cuidadosa de la persona que no parece sino que está enamorada de su cuerpo. Además...

Pepa Ruiz. Cortando la conversación. ¿Y de Amparo, ha sabido usté?

Don Baltasar. De tarde en tarde... y por tarjetas. Y cuenta que si me escribiese cada vez que mi corazón y mi pensamiento la reclaman... ¡Me he quedado muy solo, Pepa; muy solo!

Pepa Ruiz. Suspirando. ¡Ay!... sí, señó. Mañana le pondré yo dos letras á esa pícara... Le diré que ha orvidado á su padre...

Don Baltasar. No... si yo la disculpo... Usted calcule: luna de miel... y cuarto creciente.

Pepa Ruiz. Sea er cuarto que sea: en la luna de mié todos los cuartos son buenos.

Don Baltasar. ¿Usted qué sabe?

Pepa Ruiz. Se me figura á mí. Y diga usté: ¿quién le corta á usté ahora las uñas de la mano derecha?

Don Baltasar. ¡He tenido que aprender yo solo! ¿Qué remedio?

Pepa Ruiz. ¡Cuántas fartas estará usté notando, vesino!... ¡Cuántas fartas!... Yo digo que una casa sin mujé es como una iglesia sin santos.

Don Baltasar. ¿Y una casa sin hombre?

Pepa Ruiz. ¡Oh! Eso es una cosa que no se puede resistí. Mirando el sombrero de don Baltasar. Un sombrero en la percha acompaña mucho.

Don Baltasar. Vamos á ver, Pepa: en confianza: ¿cuándo hace usted feliz á don Federico?

Pepa Ruiz. ¿Yo á don Federico? ¡Ave María! No me considere usté tan prosaica. Don Federico es un sepiyo de betún. Con los pelos que le salen por las orejas se puede hasé un pinsé.

Don Baltasar. ¡Ja, ja, ja!

Pepa Ruiz. Ríase usté, pero es la verdá pura.

Don Julio. Comentando abstraído una de las cartas. ¡Animal!

Don Baltasar. ¿Eh?

Don Julio. Este se ha empeñado en no sulfatar, y vamos á tener epidemia. ¡Lástima de viñas!

Don Baltasar. ¡Ah, vamos!

Pepa Ruiz. Además, vesino: Don Federico es un hombre sin corasón. Y á mí déme usté un hombre que, si á mano viene, se emborrache, y que juegue er dinero, y... ¡vaya! hasta que ande tras otras; pero que yegue un momento y tenga corasón. Yo estoy muy gorda, don Bartasá; pero soy muy tierna. Lo primero en este mundo es sentí.

Don Baltasar. ¡Bah, bah, bah! Hablemos claros, Pepa: usted le teme á don Federico porque es viudo... y la cencerrada sería inevitable.

Pepa Ruiz. Pierda usté cuidado. Con ese viudo no me dan senserrada á mí. Suspirando. Con otro... no sé.

Don Baltasar. Por si llega el caso, cuente usted desde luego con mi cencerro. Riéndose. ¡Asistiré á la ceremonia!

Pepa Ruiz. Parese mentira que gose usté con una cosa tan grosera, tan insiví, tan basta... tan de poblacho... ¡Jesús!

Don Baltasar. Mi espíritu, Pepa, es por demás flexible... Lo mismo admiro una costumbre como esa de las cencerradas, con su dejo popular y bravío, que me hechizo contemplando cómo esas manitas de nácar tejen encaje tan sutil.

Pepa Ruiz. ¿De verdá?

Don Baltasar. Me parecen dos mariposas que andan por la nieve, y van dejando tras de sí las delicadas huellas de sus patitas.

Pepa Ruiz. ¡Ay, pero qué cosas tan presiosas se le ocurren á usté!

Don Baltasar. Viendo cosas bonitas, no se pueden ocurrir cosas feas.

Pepa Ruiz. Haciendo que se turba. ¡Jesús, qué galante!..

Don Julio. Tus cochinos con la viruela, niña.

Pepa Ruiz. ¡Ay, tito, déjame de cochinos ahora!

Don Julio. Por mí, ya ves; poco me da que se mueran todos.

Se oye en el patio el cascabel del perro de POLANCO. Don Baltasar lanza hacia la puerta una mirada que equivale á un aparte.

Don Baltasar. ¿Oye usted, Pepa?

Pepa Ruiz. ¿Er cascabelito de *Veneno?*

Don Baltasar. Ya tenemos ahí á Polanco. Miran los dos hacia la puerta, esperando verlo llegar. Hablan á media voz. Ese sí que es un partido que le conviene á usted. La fábrica de harinas sube como la espuma.

Pepa Ruiz. Y ér va siempre como si se hubiera revorcado por la fábrica. Parese que lo van á freí.

Don Baltasar. Pero, ¿qué hace ya que no entra?

Pepa Ruiz. ¿Habrá venido er perro solo?

Don Baltasar. ¡Ojalá!

Oyese en la cocina gran algazara. Pepa y don Baltasar miran hacia el torno.

Pepa Ruiz. ¡Jesús! ¿Qué pasa en la cosina?

Don Baltasar. Levantándose incomodado. ¡Por vida de!...

Polanco. Abriendo el torno desde dentro y asomando la cabeza por él. Hola: ¿qué hay?

Pepa Ruiz. ¡Digo!

Don Baltasar. ¡Pero, hombre! ¿Qué haces ahí? Vente aquí con nosotros.

Polanco. ¡En seguida!

Don Baltasar. Deja á los criados comer tranquilos.

Polanco. Si han acabado ya. ¡Ahora les estoy contando cuentos verdes! ¡Je, je!

Pepa Ruiz. Con mucho susto. ¿Les está usté contando cuentos verdes?

Polanco. Sí, señora: todos los que usted me ha contado á mí.

Pepa Ruiz. ¡Ay, por Dios! ¡No sea uste animá! ¡Er demonio del hombre!

Polanco ríe á carcajadas.

Don Baltasar. Pero, ¿desde cuándo estás ahí?

Polanco. ¡Anda! Desde el principio de la comida, casi.

Pepa Ruiz. Nos ha engañado er perro entonses.

Don Baltasar. Bueno, pues vente, vente; que ya sabes cuánto me enoja ese linaje de confianzas.

Polanco. Haciendo burla de su amigo. ¡Oh! ¡oh! ¡qué atrocidad! ¡Cuánto te enoja! ¡oh! ¡oh! ¡Cuidado, Baltasar, que eres tonto!

Don Baltasar. Y cuidado, Perico, que eres indiscreto é impertinente.

Polanco. Mira, no quiero incomodarme. Adiós.

Don Baltasar. Pero escucha...

Polanco. No quiero incomodarme, hombre; no quiero incomodarme. Se retira del torno y lo cierra.

Pepa Ruiz, mientras tanto, ha dejado su labor, ha colocado el mundillo sobre un mueble y ha hecho levantar á don Julio dispuesta á marcharse.

Don Baltasar. ¡Pues, señor, está bien! Le aseguro á usted, Pepa... Pero, ¿qué es eso? ¿Ya se van ustedes?

Don Julio. Sí; ya nos vamos, sí.

Pepa Ruiz. Quiero yegarme á casa de mi prima. Hase días que anda un poco malucha...

Don Baltasar. Entonces nada arguyo... Oyense en la cocina nueva algazara y grandes risas. Don Baltasar se vuela y aprieta los dientes y los puños mirando hacia allá. Digo, ¿eh?

Pepa Ruiz. Con Dios, vesino.

Don Baltasar. Adiós, amiga Pepa.

Don Julio. Quede usted con Dios, don Baltasar.

Don Baltasar. Adiós, mi buen don Julio.

Pepa Ruiz. Hasta mañanita. Deteniéndolo. No sarga usté... Con las de Caín. ¿Teme usté que me yeve argo de esta casa?

Don Baltasar. Llévese lo que quiera.

Pepa Ruiz. ¿Lo que quiera?... No me va usté á dejá. Pero le tomo la palabra.

Don Baltasar. Adiós; adiós... Pepa se va por la puerta del foro con su tío. Don Baltasar permanece en ella viéndolos irse, hasta que se supone que pasan la cancela. Hace entonces una extremada cortesía, é inmediatamente corre hacia el torno y pega en él la oreja rabioso de curiosidad y mortificado por el incipiente hormigueo de los celos. Este hombre... no sé con qué derecho... Nervioso y desasosegado. Yo no debo tolerar en mi casa... ¿De cuándo acá se ha visto?... ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... No oigo bien... Suenan otra vez en la cocina risotadas y gritos. ¿Le parece á usted el escándalo? Llamando con los nudillos en el torno y dando voces. ¡Perico! ¡Perico! Se redobla el barullo. ¡Perico! Sale al patio gritando. ¡Perico! ¿No oyes que te llamo? Vuelve al comedor. ¡Pues, hombre!... ¡Pues estaría precioso!... ¡Le digo á usted que estaría precioso!

Llega POLANCO por la puerta del foro, con mucha calma.

Polanco. ¿Qué tripa se te ha roto, Baltasar?

Don Baltasar. Tripa, ninguna.

Polanco. Entonces, ¿para qué me llamas con esas voces?

Don Baltasar. ¡Para preguntarte si has creído que estás en una casa decente ó en un burdel!

Polanco. ¡Baltasar!

Don Baltasar. ¡Calla! ¡Para preguntarte si allá en tu tierra es uso y costumbre prescindir de los señores de la casa y de sus amigos, y colarse en la cocina de rondón á animar la tertulia de los criados!

Polanco. ¡Baltasar!

Don Baltasar. ¡Calla! ¡Para decirte si crees tú que está bien que en mis propias barbas cortejes de amor á una doncella que vive bajo mi techo y vigilancia, con la confianza absoluta de sus padres!

Polanco. *¡Veneno!*

Don Baltasar. ¿A qué llamas al perro ahora?

Polanco. Porque me voy.

Don Baltasar. ¡Qué has de irte!

Polanco. ¡Vaya si me voy! *¡Veneno!* Pero no será sin que me oigas, como yo á ti.

Don Baltasar. Habla, que no me arredro.

Polanco. Baltasar, eres el más ingrato de los amigos. ¿De manera que un afecto como el que yo te guardo, firme, leal, noblote, sin repliegues, lo pagas tú con una escandalosa semejante? ¡Está bien, hombre, está bien! ¿Es decir que un amigo del alma tuyo, cuya vida está á tu disposición cuando te haga falta, no puede pellizcar á tu fregona?

Don Baltasar. ¡Claro que no! ¡Y mucho menos en mi casa!

Polanco. ¡Bonito modo de entender la amistad! *¡Veneno!*

Don Baltasar. ¡Y dale con *Veneno!*

Polanco. Te confieso que me he llevado chasco. Yo pensé que tú tendrías en más estima la delicadeza de mis sentimientos; el eco que en mi alma encuentra la

tuya; la consideración de que yo soy la única persona de la ciudad que escucha tus madrigales sin dormirse.

Don Baltasar. ¿Es que vas á añadir la burla al abuso?

Polanco. ¡Es que las verdades escuecen! *¡Veneno!* ¿En dónde está *Veneno?*

Don Baltasar. ¡Estará en mi cama, por variar!

Polanco. Ah, ¿también te molesta que el animalito se acueste en tu cama?

Don Baltasar. ¡Naturalmente!

Polanco. ¡Tú me dirás, entonces, para qué soy tu amigo!

Don Baltasar. ¡Para achicharrarme la sangre! ¡Nada más!

Polanco. Está bien, está bien... La ingratitud es la esposa natural del hombre... Me voy; no lo digo más. Me voy, me voy; es lo mejor. Y con muy mal sabor de boca.

Don Baltasar. Peor me lo dejas á mí.

Polanco. Adiós, Baltasar. No sé si volveré.

Don Baltasar. Adiós, Perico. Sé que vuelves.

Polanco. *¡Veneno!* Vase por la puerta del foro hacia la derecha, silbando. A poco se oye el cascabel del animalito.

Don Baltasar. Paseándose agitadísimo. Lo pongo á raya... lo pongo á raya... Soy tolerante, pero no quiero que se burlen de mí. Tocando con los nudillos en el torno. ¡Vamos! ¡A dar la lección! ¿Habeis oído? ¡Basta ya de retozo! Ahora tengo que estar doblemente enérgico, para borrar el mal efecto de las liviandades de ese majagranzas.

Sale ROMANA con LEONOR, por la puerta del foro.

Romana. Señorito.

Don Baltasar. Hola.

Romana. Esta...

Don Baltasar. ¿Qué?

Leonor. Na, señorito; que yo quisiera que usté me dispensase de dá la lesión.

Don Baltasar. ¿A qué santo?

Leonor. Sabe usté que desde esta tarde no estoy güena: pa mí que me va á dá calentura, señorito.

Don Baltasar. Como la otra noche, ¿verdad?

Leonor. Sí, señó.

Don Baltasar. Pues bien; pase por esta, pero procura en lo sucesivo que no coincida el recargo con la hora de pelar la pava.

Leonor. Señorito, si es que usté se figura.

Don Baltasar. Ni una palabra más.

Leonor. Ea, pos güenas noches.

Romana. Adiós.

Don Baltasar. Buenas noches... y *que te alivies.*

Leonor. Yéndose. Muchas grasias.

Romana. Toa la calentura de esa es er novio, ¿sabe usté?

Don Baltasar. Lo sé: ¿me supones tan lerdo como para no dar en el hito? Sálese al patinillo, en busca de más dilatado espacio para sus excitados nervios.

Romana. ¡Ay, Dios mío, cómo está esta noche!... Y lo ha puesto así ese sinvergonsón de Polanco. Se sienta á la mesa y se cruza de brazos, segura de que nada tiene que hacer.

Llegan ANDRESILLO y ENCARNA por la puerta del foro, soñolientos, bostezando mucho y con poquísimas ganas de leer y escribir.

Andresillo. ¡Miste que un hombre que se ha yevao to er día bregando en la cuadra y en la cochera, tené que vení á estas horas á escribí de los moros y de los cristianos!

Encarna. Dímelo á mí, que me vi á queá cuajá en los palotes. No veo de zueño.

Andresillo. ¡Qué afán de que se istruya uno! Como dirigiéndose á don Baltasar. ¡Er día que sepa yo más que Salomón y se me esboquen los cabayos por la cuestesiya e Torreblanca, vas á echá güen pelo!

Romana. Cayarse ya y ponerse á escribí. Cuanto antes, mejó.

Encarna. No, zi á mí me gusta que me enzeñen; zino que esta noche me piya mu canzá. Dame mi carpeta, Andreziyo.

Andresillo. Cógela tú si quieres, que te vas gorviendo mu señorita.

Encarna. Y tú mu fino.

Ponen sobre la mesa sus carpetas, tinteros, varias plumas y las cartillas y los libros de la lección diaria. En seguida se sientan y se disponen á escribir.

Andresillo. ¿Por qué no empesaría er mundo er miércoles pasao?

Encarna. ¿Pa qué, hombre?

Andresillo. Pa que no hubiera Historia'España.

Encarna. Esta noche va á habé que pedirle que nos lea zus verzos. Azín ér ze emboba y nos deja dormí.

Romana. ¡Schssss! Cayarse, que viene.

Al sentir al señor, Andresillo empieza á escribir copiando de un libro y Encarna á hacer palotes con ayuda de todos los músculos de la cara.

Don Baltasar. ¿Se trabaja, eh? Eso me gusta.

Encarna. Mostrándole su plana á don Baltasar. Miste, zeñó.

Don Baltasar. ¿Cuáles son los de hoy?

Encarna. Ezos tres de la esquina y este medio.

Don Baltasar. Torcidillos salen todavía... Tienes que domar ese pulso.

Encarna. A purzo no me gana usté.

Don Baltasar. Ni á pulso ni á nada; pero aquí no se trata de fuerza, sino de educación. Sigue. Encarna obedece. Don Baltasar la observa encantado. Luego bromea. Encarnilla, ¿has comido mal?

Encarna. Tan bien como tos los días, zeñorito.

Don Baltasar. ¿Entonces por qué te comes los palotes?

Encarna. Soltando la risa. ¡No ze divierta usté conmigo! Zi no me ayúo con la cara me zalen peó...

Don Baltasar. Peor es imposible. Dame acá, mujer, que te guíe yo la mano.

Encarna. Ande usté. Guiada en efecto por su maestro y señor, hace casi perfectamente varios palotes. ¡Huy, qué bien zalen!...

Don Baltasar. ¿Ves? Así... así... así...

Encarna. No me apriete usté mucho, que este ha zalío más gordo.

Don Baltasar. Suspendiendo la tarea un sí es no es acalorado Continúa tú. La observa otra vez. ¿Vuelta á los mohines?

Encarna. ¡Zi no pueo remediarlo, zeñorito!

Don Baltasar. ¡Pues haz un esfuerzo! Cierra bien la boca y escribe.

Encarna. Vamos á vé zi zé... Hace cuatro ó cinco palotes sacando los morritos y se pone preciosa. Don Baltasar la contempla embobado. Ella lo mira de repente y él, con cierta vergüenza, cambia como por resorte de expresión y disimula hablando con Andresillo.

Don Baltasar. ¿Y tú, cómo llevas tu plana?

Andresillo. Místela.

Don Baltasar. ¡Amigo! ¡amigo! Adelantas por manera notable. ¡Pero fíjate más en la ortografía!

Andresillo. Es que tengo sueño esta noche.

Don Baltasar. No es disculpa esa. Boabdil no se escribe *Voavdil,* sino Boabdil.

Andresillo. En no apretando ar pronunsiá, ya está bien escrito.

Don Baltasar. Salidas donosas no le faltarán á tu ingenio.

Encarna. Entusiasmada. ¡Viva er lujo y quien lo trujo! ¡Vaya un palote!

Don Baltasar. Reparando en Romana, que duerme como un ángel. La pobre Romana se ha dormido...

Encarna. Como nos hemos puesto más tarde...

Don Baltasar. Sí; que yo he comido á las tantas... ¿Os parece bien que leamos un ratillo y lo dejemos para que descanseis?

Andresillo. A mí me paese superió.

Encarna. No dirá usté otra coza tan güena.

Don Baltasar. Pues anda, Andrés: en tu mismo libro de Historia: lee dos párrafos al azar.

Encarna. No, zeñorito; léanos usté zus verzos esta noche.

Andresillo. Sí, sí; los versos de usté nos gustan mucho más que la Historia.

Don Baltasar. Con íntima satisfacción. ¿Más que la Historia?

Encarna. Mucho más, zeñorito.

Don Baltasar. ¿No me lo decís por halagarme?

Encarna. ¡Por la zalú e mi madre que no!

Don Baltasar. Basta. Sea como quereis. Ningún poeta sabe negarse á decir sus versos. Coge de la anaquelería un tomo chiquitín encuadernado en pergamino, y de pie, cerca de la mesa, se pone á leer como si estuviera esculpiendo. Me herís por el flaco: tengo acendrado amor á mis madrigales. Oid primero este, á la manera de Cetina.

Encarna. Perpleja. ¿De Cetina, verdá?

Mientras lee don Baltasar como queda dicho, Andresillo deja llegar el sueño á sus ojos y Encarna, con una de las plumas, se entretiene en hacerle á Romana cosquillas en la punta de la nariz. Romana, entre sueños, cree que se trata de una mosca y se la sacude á manotazos. Esto le produce á Encarna gran risa, que sofoca á duras penas para que no la advierta su señor.

Don Baltasar.

Palpitando de amor el níveo seno,
se miraba mi ninfa á su albedrío
en el cristal sereno
que alegre cruza el pradecillo ameno.
Y al ver las florecillas
que pintó Primavera en las orillas
la imagen bella que copiaba el río,
de tan raros encantos codiciosas

lloraban envidiosas,
vertiendo limpias perlas de rocío.
El Céfiro pasó cantando amores;
y al contemplar atento
el lastimero llanto de las flores,
rizando el agua con su leve aliento,
de la beldad divina
presto borró la imagen peregrina.

Encarna. Mu graciozo.

Don Baltasar. Pues oye este otro, que me ensalzó en extremo un gran poeta sevillano:

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa...

Encarna, viendo dormido á Andresillo, le mete por la boca, hasta la campanilla, la pluma de marras, haciéndolo despertar medio ahogado. La lectura, naturalmente, se interrumpe.

Andresillo. ¡Ah!

Don Baltasar. ¿Qué es eso?

Encarna. Riéndose. Na, zeñorito; que este...

Andresillo. ¡Diga usté que ha sío esta!...

Don Baltasar. Ni digo, ni dejo de decir. Si lo echais á chacota, cierro el libro.

Encarna. No, no...

Andresillo. No...

Encarna. Ziga usté, que atendemos. Se sienta en una mecedora.

Uno y otra se esfuerzan en vano por atender. A los pocos versos Andresillo vuelve á dormir y Encarna se contagia.

Don Baltasar.

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa,
y no encuentra mi pobre pensamiento

palabras que te digan lo que siento:
y en lucha el corazon y la cabeza,
crece al par que mi anhelo mi torpeza.
Mas ya, Filis divina,
que eres de ello la causa peregrina,
si curiosa siquiera
quieres saber mi cuita verdadera,
ó si á lástima al menos te provoca
este callado amor, este embeleso,
deja que bese tu purpúrea boca...
y aprende bien cuanto te diga el beso.

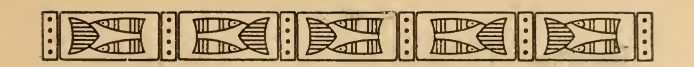
Mira al concurso, para ver el efecto causado, y al encontrar el sueño en lugar de la admiración, se queda de una pieza. No obstante, la herida de su amor propio se cicatriza pronto. La visión de Encarna dormida, con la hermosa cabeza hacia atrás, entreabierta la boca, palpitante el seno y los brazos caídos, lo transporta á otro mundo.

¿Eh?... ¡Pobre gente!... Rendidos por la labor del día. **Fijándose en Encarna.** Mas ¿qué hermosura es esta que á mi vista se ofrece?... Salgo de un madrigal para entrar en otro... A fe que no valdrían lo que tú, zagala imponderable, aquella Amarilis de Títiro... aquella Aminta de Menalcas... ¡Jesús!... ¿Qué pasa por mí?... ¿Qué vergüenza es esta?... **Silencio.** Me enciendes... y me hielas á la vez... Mientras más lejos quisiera mirarme de ti... más cerca me veo... **Aproximándose á Encarna, atraído por la admiración y el amor.** ¡Qué dulce movimiento el de su seno virginal!... ¡Qué frescura la de su boca!... **Con voz trémula.** ¿Romana?... Duerme ha rato... ¿Andrés?... ¿Andresillo?... También duerme Andresillo... Y yo tiemblo... tiemblo ante esta idea... que llena mi ser... ¿Soy un malandrín ó un enamorado?... ¿Encarna?... ¿Encarna?... Nada... ni un eco...

La picó, sacó miel, fuése volando...

Acerca su rostro al de Encarna para darle un beso. En el estantillo resbala un retrato y cae al suelo con ruido. Don Baltasar se estremece todo, se aparta de Encarna y trata de inquirir con los ojos la causa de aquel. Mudo de espanto ve al fin en el suelo el retrato de la que fué su esposa, y exclama lleno de angustia y de vergüenza. ¡Ah!... ¡El retrato de Aurora!... ¡Jesús María! Pálido y tembloroso lo recoge del suelo y va á colocarlo donde estaba. Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la mañana. Han pasado dos meses.

—

DON BALTASAR está sentado en su sillón. ENCARNA, en una silla á su lado. Viste un traje entre su merced y señoría, corbata de gasa y delantal blanco de peto. A la cintura lleva una cadenilla ó una cinta de la cual pende un llavero con llaves diversas. En la mano tiene unas tijeras de uñas

Don Baltasar. Después de mirarse detenidamente las uñas de ambas manos y presentándole á Encarna la derecha. Redondéame un poquito esta del meñique, que encuentro menos roma que su compañera de la otra mano.

Encarna. Obedeciéndolo. ¡Jesús qué vista tiene usté! Es usté capá de verle las pestañas á un mosquito.—¿Azí?...

Don Baltasar. Remedándola. *Azí*... como tú dices. Tres meses poco más hace que te trato, y yá se me va pegando tu gracioso ceceo.

Encarna. A mí también ze me han pegao argunas cozas...

Don Baltasar. ¿Mías?

Encarna. De usté, zeñorito.

Don Baltasar. Suplicante. ¡Señorito, no! ¡Prefiero un don Baltasar como una casa!

Encarna. No ponga usté loz ojos azín, que me da tentación de riza.

Don Baltasar. ¡Picaruela!...

Encarna. Vamos á vé zi quea más que recortá. Ze cuida usté las manos como una monja.

Don Baltasar. Ahora, Filis, tu labor es perfecta.

Encarna. Encarna me yamo. A mí no me ponga usté ningún mar nombre.

Don Baltasar. No lo es ciertamente el de Filis. Y aún te reservo otro más dulce.

Encarna. ¿Cuá?

Don Baltasar. Otro: ya te lo diré.

Encarna. ¿Cuándo?

Don Baltasar. Cuando me autorice tu confianza; cuando dejes de ver en mí completamente al amo y señor, para ver tan sólo al amigo... al amigo galante, que no me atrevo á decir al galán.

Encarna. Pos atrévaze usté... Las cozas, por zu nombre. La vereíta no pué zé más derecha... Y me paece que ningún perro le ha ladrao á usté toavía.

Don Baltasar. ¿Y qué hay al final de la *vereíta?*

Encarna. Ezo... usté lo zabe mejón que yo. Ningún camino güeno yeva á ninguna parte mala.

Don Baltasar. Cogiéndole con pasión una mano. Dices bien, zagalilla mía.

Encarna. Retirándola. ¡Zuerte usté!

Don Baltasar. ¡Si no nos ve nadie!

Encarna. Por ezo.

Don Baltasar. Si este es el principio de la veredita...

Encarna. No, zeñó... que eze es er finá. Después de ezo ya to es cuesta abajo.

Don Baltasar. Pero, ¿quién te ha enseñado á ti tales cosas, muchacha?

Encarna. Eza cencia nace con una; no es como la lertura y la escritura que enzeña usté. Pa lo que está bien y lo que está má no jace farta maestro.

Don Baltasar. Admiro tu ingenio, tanto como deploro tu esquivez. ¿Por qué eres tan arisquilla conmigo?

Encarna. ¿Arisca yo?

Don Baltasar. Arisca, no; arisquilla. Y hasta ingrata, si me apuras mucho.

Encarna. Ezo lo dice usté porque quiere: zin razón pa decirlo. Usté ha estao malo días atrás, y creo yo que no me he portao como ninguna fiera dañina... No es que yo me alabe...

Don Baltasar. Dulce fué tu trato, en verdad. Tan dulce... que hubiera querido seguir enfermo eternamente.

Encarna. ¡Jezús, y qué ponderativo!

Don Baltasar. Trátame ahora como entonces, enfermera mía.

Encarna. ¿Pa qué? ¿Pa que la gente que es mu mala ze figure lo que no hay? ¿Pa que vengan cartas zin firma poniéndome como los trapos?

Don Baltasar. No hables de eso ahora, ni te preocupes de tales insultos. Mi caballerosidad y tu honradez nos escudan de todo. Responde á mi ruego.

Encarna. Zi ya está usté curao...

Don Baltasar. De la fiebre, sí; pero me hallo más malito que nunca.

Encarna. ¿De qué?

Don Baltasar. Apasionado. De sed.

Encarna. Pos beba usté agua fresca.

Don Baltasar. ¿Ves si eres ingrata? No es agua lo que anhelan mis labios: es miel.

Encarna. La miel es mu ardiente.

Don Baltasar. La de tu boca, no.

Encarna. ¡Zeñorito!

Don Baltasar. ¿Así me llamas todavía?

Encarna. Pero zi dice usté unas cozas de pronto...

Don Baltasar. ¡Usted! ¡usted!... ¿Cuándo no te escucharán mis oídos esa palabra?

Encarna. En cuanto usté lo mande...

Don Baltasar ¿Cómo mandar? ¿Ves tú?... Aquí no hay más voluntad que tu capricho: aquí el siervo soy yo. ¡Ah! ¡bien claro me dicen tus razones que sólo te inspiro un respeto enojoso... un afecto frío... muy lejos de ser como este que mi sangre caldea!...

Encarna. ¿Usté qué zabe?

Don Baltasar. Con viva emoción. ¿Has dicho «usted qué sabe?» ¡Ven acá!...

Encarna. ¡Quieto!

ROMANA asoma á la puerta del foro y hace gestos de indignación y disgusto al ver lo que ve. Después avanza un poco y se dirige á Encarna.

Romana. Joven...

Encarna. Encarnación me yamo.

Romana. ¿Y qué más da?... Er vinagre se ha concluío.

Encarna. ¿Er vinagre?

Romana. Er vinagre. En la cosina, por supuesto: en la despensa hay mucho.

Encarna. ¡Jezús, y qué fuertes van á zalí las cozas!

Romana. Pos, hija, yo no me lo bebo: no tengo ganas de ponerme amariya. Colorá ya me pongo argunas veses sin ganas.

Don Baltasar. ¿Qué?

Romana. Que colorá ya me pongo argunas veses, señorito.

Don Baltasar. Picado. Lo celebro: eso prueba salud.

Encarna. Güeno; vamos por er vinagre.

Romana. Vamos ayá.

Se levanta Encarna y se van las dos por la puerta del foro: Encarna buscando una llave entre todas; Romana silenciosa y triste.

Se oye hacia el patinillo el cascabel del perro de Polanco.

Don Baltasar. Esa mujer... amparada en sus canas... ¡Bueno va! Polanco por añadidura.

Llega POLANCO por la puerta del patinillo.

Polanco Quieto ahí, *Veneno*. Baltasar, Dios te guarde.

Don Baltasar. Buenos días, Perico.

Polanco. ¿Estás solo?

Don Baltasar. Toda la mañana.

Polanco. Sentándose en la silla que ocupaba Encarna y levantándose en seguida. Pues aquí no había un muerto Esta silla echa bombas.

Don Baltasar. Desconcertado. ¡Ah... sí!... Como que ha estado ahí un buen rato... el hijo del aperador de *Pinatares*...

Polanco. Con retintín. ¿El hijo... del aperador... de *Pinatares?*

Don Baltasar. Sí, hombre, sí. ¿Lo dudas?

Polanco. Lo niego.

Don Baltasar. ¡Perico!

Polanco. No te alteres. Aguarda. Se encamina al foro y cierra la puerta.

Don Baltasar. ¿Qué haces?

Polanco. Ya lo ves. Encarándose con su amigo, revestido de gran seriedad. Baltasar...

Don Baltasar ¿Qué quieres?

Polanco. ¿Te encuentras enteramente bien de tus pasados males?

Don Baltasar. ¡Pero si aquello no fué nada!... ¿A qué viene ahora?...

Polanco. ¿No ha vuelto á dolerte la cabeza... ni el hígado...?

Don Baltasar. ¡No!

Polanco. ¿De manera que estás fuerte del todo?

Don Baltasar. Del todo.

Polanco. ¿Es decir, que se te puede dar un disgusto?

Don Baltasar. ¡Hombre! ¡Eso no!

Polanco. Pues yo vengo á dártelo.

Don Baltasar. Será si yo te dejo.

Polanco. Aunque no me dejes: es igual. Si la amis-

tad no sirve para dar los disgustos á tiempo, ¿para qué sirve entonces?

Don Baltasar. ¡Bah! Siempre han de ser tus cosas...

Polanco. Poco á poco. Cierra la puerta del patinillo, echándole antes al perro un terrón de azúcar que saca del bolsillo, y vuelve. Baltasar: *vox populi, vox Dei*: la voz del pueblo dice que estás en amoríos con una fregona de tu casa.

Don Baltasar. Blanco de cólera. ¿Qué?

Polanco. Lo dice el pueblo, y lo afirmo yo.

Don Baltasar. ¡Pues ni hay fregonas en mi casa, ni yo tengo amoríos con nadie, ni tu amistad, con todos sus fueros, te autoriza para ofenderme así!

Polanco. ¡Hola! El que se pica, ajos come.

Don Baltasar. ¡Los comerás tú, que debes de tenerlos por alimento natural desde que naciste!

Polanco. Mira, Baltasar, menos desplantes y vamos claros: esa mujer—y ya sabes tú qué mujer digo—te ha trastornado el seso, te ha puesto una venda en los ojos, te ha vuelto idiota... El pueblo entero censura tu conducta; tus amigos se burlan de ti; no hay señora que quiera pisar esta casa... La misma Pepa Ruiz, amiga de siempre, está retraída; y si vengo yo á todas horas es porque no lo puedo remediar... porque te me has metido en el alma, ¡jinojo!

Don Baltasar. ¿Y qué caso tengo de hacer yo de las calumnias de un pueblo hipócrita y ruin, que no se ocupa más que de la vida ajena, porque le asusta pensar en la propia?

Polanco. ¿Ves? ¿Ves cómo estás loco?

Don Baltasar. ¡Soy yo más caballero que todos esos que me ponen en la picota! ¡El que no quiera venir á mi casa, que no venga; y eso irá ganando mi casa!

Polanco. ¿Ves como has perdido el juicio?

Don Baltasar. ¿Pero eres tú, tú, el que se escandaliza so capa de moralidad?

Polanco. Yo: yo mismo.

Don Baltasar. ¿Tú, el Tenorio de cocinas y corrales, el salteador de fogones?

Polanco. Yo: yo mismo. ¿Crees que con esa acusación estoy aplastado? ¡Pues te equivocas! A mí me gustan las criadas hasta perecer...

Don Baltasar. ¡Y tanto!

Polanco. Pero yo...

Don Baltasar. Pero tú...

Polanco. ¿Me dejas que hable?

Don Baltasar. ¿Para qué, si no has de confesar el móvil que te hace hablar así? ¡Bajo esa máscara hipócrita de tu amistad, lo que hay en este caso es una intención bastarda y egoista!

Polanco. Enterneciéndose. No, Baltasar; eso de ninguna manera. Por ese aro se resiste á pasar tu fiel Perico. ¡La pasión te trastorna! ¡Los celos te ciegan! ¡Jinojo! Yo seré chinche, yo seré molesto, yo te llevaré la contraria muchas veces, yo vendré siempre hecho un Adán, yo no podré soportar á Horacio, tú odiarás al pobre *Veneno*... que está ahí fuera escuchándolo todo... pero otra cosa no... ¡otra cosa no, Baltasar! Tan leal es el perro como el amo, el amo como el perro... y nunca pensé que en tu obcecación llegaras al punto de dudar de una verdad como esta. Termina sollozando.

Don Baltasar. ¿Lacrimoso te pones después de haber querido meter el infierno en mi alma?

Polanco. Yo no he querido más que cumplir con un deber de amigo; hacerte ver que estás en el ridículo más lamentable... y á dos dedos de la mayor vergüenza.

Don Baltasar. ¿Vergüenza has dicho? ¡Cállate, ó no respondo de mi cólera!

Polanco. Debiera callarme, después del agravio que he recibido de ti; pero Polanco no se calla así como quiera. He dicho vergüenza y lo sostengo. Pues qué, ¿no lo es grande que una fregona vaya á suplantar...?

Don Baltasar. Asiéndolo violentamente. ¡Calla ó te ahogo!

Polanco. Logrando desasirse ¿Qué?

Don Baltasar. ¡Vete de mi casa ahora mismo!

Polanco. ¿Me echas?

Don Baltasar. ¡Te echo!

Polanco. Enterneciéndose otra vez. ¿Que me echas dices?

Don Baltasar. ¡Dicho está! ¡Vete!

Polanco. No lo repitas; ya me voy... Me voy herido en lo más hondo de mi corazón, pero tranquilo en mi conciencia... Llorando. Tú te arrepentirás de haberme arrojado de tu casa...

Don Baltasar. ¡De eso, nunca!

Polanco. Bien está... bien está... no eches leña al fuego... Embárcate con esa prójima en buen hora... que quizás algún día .. algún día... Vaya, no puedo hablar. Abre la puerta del patinillo, y como dirigiéndose al perro dice: *Veneno,* vámonos... que nos arrojan de esta casa... Se va, en efecto, acompañado de la música del cascabelito, que se pierde en la distancia para siempre.

Don Baltasar. Paseándose como fiera enjaulada, en todas direcciones. ¡Mentecato atrevido!... ¿Quién es él para...? ¡Ni él ni nadie!... ¿Me han de gobernar á su antojo?... ¡Gentecilla rutinaria y necia!... Sale ANDRESILLO por la puerta del foro, corriendo hacia la del patinillo, con un cencerro grande en la mano. Va riéndose y pasa sin ver. al señor. Este lo detiene. ¿Adónde vas tú?

Andresillo. Usté dispense, señorito: no había reparao...

Don Baltasar. ¿Qué llevas ahí?

Andresillo. Riéndose. Místelo: un senserro.

Don Baltasar. ¿Un cencerro?

Andresillo. Vengo de enseñárselo á Leonó, que tiene dispuesto pa lo mismo un latón de petróleo. ¡Güena se la preparamos á la viuda!

Don Baltasar. ¿Cómo?

Andresillo. A la viuda de la tienda, que se casa luego y le vamos á amenisá la noche e novios. Suena el cencerro.

Don Baltasar. Estallando. ¿Sí, eh? ¡Pues yo prohibo terminantemente á toda la servidumbre de mi casa, so pena de quedar despedida *ipso facto*, que tome parte alguna en broma tan grosera y vituperable!

Andresillo. Desalentado y triste. Señorito... si va á dí to er pueblo.

Don Baltasar. Razón de más para que no vayais vosotros. El pueblo es inculto y soez.

Andresillo. Pos á la senserrrá der tío Lucas nos dejó usté dí... y á usté le jiso mucha grasia.

Don Baltasar. Furioso. ¡Pues he cambiado radicalmente de criterio! ¡Y basta: que no tengo para qué discutir con mis lacayos!

Andresillo. Güeno está; pero ¿qué me jago yo con er senserro después de comprao?

Don Baltasar. ¡Te lo pones!

Andresillo. Entre dientes. ¡Mardito sea er demonio!...

Don Baltasar. ¡Y menos murmurar! Sigue tu camino.

Andresillo. Está bien, señó. Lo guardaré por si con er tiempo se tersia otra... Vase por la puerta del patinillo, resignado al parecer y sonando el cencerro intencionadamente.

Don Baltasar. ¿Qué ha dicho?

Sale ROMANA por la puerta del foro, cabizbaja y emocionada.

Romana. ¿Da usté su lisensia, señorito?

Don Baltasar. Adelante, Romana. ¿Qué quieres?

Romana. Yo quería hablá con usté de una cosa...

Don Baltasar. Si no es ninguna impertinencia, puedes hablar; que no parece sino que todos se han propuesto hoy encenderme la cólera.

Romana. Pos verá usté, don Bartasá... Er caso es que usté va á desirme...

Don Baltasar. Sepamos primero lo que vas á decirme tú.

Romana. No se incomode usté conmigo, señó; que poco tiempo le quea de aguantá mis chocheses.

Don Baltasar. ¿Qué significa ese lenguaje?

Romana. Na... sino que como ya soy vieja... ¿sabe usté?... er trabajo me cansa... y no estoy pa er trajín de una casa tan grande como esta...

Don Baltasar. Atendiendo precisamente á eso mismo, te he relevado en ella de algunas funciones.

Romana. Ya lo sé... y le estoy muy agradesía... Pero es que también hago farta en mi casa... Más que acá... Mi hija Consuelo ha empesao á echá chiquiyos ar mundo... y se ve sola en su solo cabo pa bregá con tos... De mo y manera, señorito, que si usté me lo permite... yo he pensao de dirme con eya.

Don Baltasar. ¿Pero no pueden ser compatibles el auxilio que á tu hija le prestes y la permanencia en mi servicio?

Romana. No, señó, no, señó... Y que ya se me ha puesto en la cabesa dirme con mi Consuelo, y los viejos somos como los chiquiyos de caprichosos...

Don Baltasar. Por capricho, más bien que por razón, me inclino á pasarlo...

Romana Mírelo usté por er lao que quiera, señorito... Y dispénseme usté que sea tan clara... pero me voy... me voy...

Don Baltasar. Basta, pues. Es una determinación que lamento con toda mi alma; no sólo porque tus servicios me son necesarios...

Romana Mis servisios no valen pa na...

Don Baltasar. No me interrumpas. No sólo—decía—porque tus servicios me son necesarios, sino además porque tengo presente que casi casi has nacido aquí.

Romana. Con amargura, sin poder reprimir su protesta. Por eso mismo no pueo vé siertas cosas...

Don Baltasar. Colérico. ¿Qué?

Romana. Que usté comprende mejó que yo puea desírsela la rasón de mi despedía... y que vale más que eche un punto á mi boca. Conque vamos á cayarnos, señó, que sin hablá nos entendemos.

Don Baltasar. ¡Voto va! ¿Hase visto reticencia más procaz ni más intolerable osadía?

Romana. Llorando. Señorito, á usté lo han hechisao... á usté le han hecho mar de ojo...

Don Baltasar. ¡A mí me han hecho!... ¡á mí me han hecho!... ¡No te consiento que me juzgues! ¡Y ten en cuenta que sólo tus cabellos blancos y tu representación en mi casa, son capaces de contener mi enojo!

Sale LEONOR también por la puerta del foro.

Leonor. Señorito.

Don Baltasar. ¿Otra?

Leonor. Mirándolo asustada. La señorita Pepa Ruiz lo espera á usté en la sala.

Don Baltasar. ¿A mí?

Leonor. Eso me ha dicho.

Don Baltasar. ¡Pues á fe que no tengo los nervios para otra cosa! ¡Será menester toda mi prudencia y mi cortesía para no cometer con ella un desafuero, si viene á hablarme también de lo que ya presumo! Se encamina hacia el foro, y en la misma puerta se vuelve y se encara con Romana de nuevo. ¡Ah, tú, Romana! Puesto que en tu voluntad, ó en tu capricho, ó en tu chochez está el marcharte de mi casa, mucho me guardaré de retenerte en ella. ¡Abiertas están sus puertas para ti, como para cualquiera de mis servidores ó amigos que no respire entre sus muros á todo su talante y satisfacción! Vase de estampía.

Leonor. ¿Se va usté, Romana?

Romana. Ya lo ves, hija. Lloriqueando Me he despedío, porque yo comprendo que estorbo; y me deja dí... porque ér se hase cargo también.

Leonor. Pos sí que lo siento. No vi yo á sabé manejarme sin usté á mi lao.

Romana. Ya te irás acostumbrando á la otra.

Leonor. Pero no yore usté, Romana...

Romana. ¿Y qué vi á hasé sino yorá? ¡Se me agorpan tantas cosas en la cabesa!...

Aparece ANDRESILLO por la puerta del patinillo, con cierta cómica precaución.

Andresillo. ¿Anda por ahí er loco?

Leonor. Escucha, Andresiyo: ¿sabes que Romana se va?

Andresillo. ¿Que se va usté, Romana?

Leonor. ¿No la ves yorando?

Andresillo. ¿A que va á habé que amarrá á ese hombre?

Romana. ¿Tú te crees que pueo resistí las cosas que estoy viendo en esta casa?

Andresillo. Esa arrastrá mujé tiene la curpa. Lo ha levantao de cascos... y está er tío que hase títeres en la plasa como eya se lo mande.

Leonor. ¡Quién se lo había e desí!... Porque Encarna no vale pa eso.

Romana. Y aunque varga, señó: ¿dejará de sé una de nosotras y no una iguá suya? ¿No es una mala vergüensa que un cabayero como este ande por ahí en lenguas de to er mundo? ¡Si levantara la cabesa la señora!... ¡Jesús, Dios mío!... Pos ¿y las niñas?... ¡Cuando las pobres niñas se enteren!... A Carmita le cuesta la vía.

Andresillo. ¿Ha reparao usté que ya no habla de eyas pa na?

Romana. Y que cuando se le habla muda de coló.

Andresillo. Como que ca vez que se acuerde de sus hijas le sale una cana.

Leonor. En mala hora entró esa mujé por las puertas.

Andresillo. ¿Ves tú lo que te he dicho muchas veses? Sacando á tres ó cuatro pa mí, á toas las mujeres debían quemarlas en parriyas.

Romana. Y á muchos hombres. Yo no la curpo á eya tanto como á é.

Andresillo. ¿Pero no habrá un amigo que le tire un poco de las riendas y lo sujete?

Romana. Suspirando. ¡Ay, esto no tiene compostura, Andresiyo! El amo es otro ya.

Andresillo. Cuéntemelo usté á mí, que le enseñé hase un rato er senserro pa la viuda, y por poco me pega un tiro.

Romana. Es otro, es otro...

Andresillo. Lo que no sabe é, que vi á guardarlo pa cuando se case con *Doña Perejila.*

Leonor. ¿Pero se va á casá?

Andresillo. ¡Toma! Por ahí acaban tos estos viejos encaprichaos.

Romana. ¡Jesús! ¡Jesús! La Virgen Nuestra Señora lo ilumine.

Andresillo. Yo, en cuanto me cargue mucho de estera, me voy también. Así no aprendo más Historia 'España. Mirando hacia la puerta del foro. ¡Atisa!

Leonor. ¿Viene ahí?

Andresillo. Er señorito, no; su *suegro*: *¡Don Pedro er Crué!*

Leonor. Ay, pos yo me voy, que está er tío mu tonto.

Romana. Y yo también: que le dé conversasión su hija.

Andresillo. O su padre.

Preséntase VENTURA de tiros largos, como si dijéramos.

Ventura. Güenos días.

Andresillo. Güenos días. Desde la puerta del patinillo, yéndose al momento. ¿Quiere er señorito que enganche?

Ventura. Volviéndose hacia él. ¿Qué?

Leonor. Desde la del foro, lo mismo. Aunque la mona se vista de sea...

Ventura. Volviéndose hacia ella. ¿Qué? Zi ze vendiera la envidia, eza ze jacía miyonaria.

Romana. Pos si se vendiera la vergüensa, no ganaba usté ni dos cuartos. Escupiéndole y yéndose por el patinillo. ¡Psá!

Ventura. ¿Ah, zí? *Escupiéndole también.* Pos... ¡psá! Más vergüenza tiene mi niña y tengo yo, que tos ustedes juntos... Una coza es una coza y otra coza es otra coza... ¡Acá vamos por er camino reá!... ¿Qué ze habrán figurao?

Sale ENCARNA por la puerta del patio.

Encarna. Dios guarde á usté, padre.

Ventura. Er te bendiga, hija e mi arma. Ca día estás más jermozota y más güena.

Encarna. Er trato de acá...

Ventura. Ya ze conoce que no te matas trabajando.

Encarna. No me ocupo más que der jardín... y der cargo e la caza. Estoy mejón que quiero.

Ventura. Paeces una princeza. Jasta vergüenza me da de zé tu padre. *Confidencialmente.* Escúchame, Encarniya: ¿y el amo?

Encarna. Erretío está: entregaíto á mi capricho... Jago lo que me da la gana... Mi gusto es ley.

Ventura. ¡Ole! Por ahí, por ahí va la coza...

Encarna. ¡Miste que paece un cuento!... ¡Quién había e decirle á Encarniya, ayá en la *Güerta e las Palomas*, que iba á mandá y á zé la reina en un palacio como este!... Cuando lo pienzo azín de pronto me pongo colorá. ¿Y madre, qué dice?

Ventura. A madre ze le cae la baba. ¡Como eya ha tenío ziempre tantos muñecos con la aristocracia!... En fin, ¡está penzando en jazerce trajetas; conque ya ves tú!...

Encarna. ¡La pobre!... ¿Y Estebiya, qué dice?

Ventura. Que le tienes que mercá una capa este invierno.

Encarna. Un gabán es más zeñorito.

Ventura. Zí, pero pones á Estebiya con gabán y no yega vivo á la plaza.

Encarna. Ezo le paece á usté. To es que la vista ze acostumbre. ¿Zoy yo la mesma?

Ventura. ¿Qué vas á zé, zi ca vez que vengo te jayo con un trapo distinto? Eza corbata es mu precioza. Y este vestío mu principá.

Encarna. ¡Pos zi viera usté cómo voy por dentro de tiras bordás y de encaje!...

Ventura. ¿También por dentro te compones?

Encarna. Mejón que por fuera. Miz ojos valen más que los de la gente.

Ventura. Dices bien.

Encarna. ¡Y me echo una de ezencias que me güervo loca! Haciéndole oler, sucesivamente, lo que va nombrando. Ventura aspira los olores con embeleso. Miste la bluza... Miste er pañuelo... Miste er delantá... Miste er moño...

Ventura. ¡Jezú! ¡Jezú! ¡zi ze esmaya uno!... Amigo, ezo tiene er meterze en er zeñorío...

Encarna. Mostrándole á Ventura una sortija que tiene puesta. Ayé me regaló este aniyo.

Ventura. Admirado. ¡Arzá!

Encarna. Y antié, esta medaya e la Virgen. Sacándola del seno y enseñándosela.

Ventura. ¡Arzá!

Encarna. Y tras de antié una caja e jabones, que no jace más que tocá el agua la pastiya y levanta una espuma que yega ar techo.

Ventura. Sacudiendo y sonando los dedos, para expresar mas á lo vivo su admiración. ¡Arzá!

Encarna. ¡Padre, no zuene usté los deos azín, que ezo está mu basto!

Ventura. Zerá ahora; porque yo lo he jecho toa la vía.

Encarna. Pos á mí me ha dicho é que no los zonara.

Ventura. No hay más que jablá entonces.

Encarna. Es mu güeno conmigo... Zobre que lo tengo farcinao... prendaíto de mi perzona... ¡Ze me quea mirándome azín con la boca abierta!... To le gusta en mí, to le gusta: loz ojos, los dientes, el arranque'er pelo,

mi coló, mi manera de andá, mi manera de zentarme... esta coza que yo jago azín cuando me pongo azín... Llevándose una mano á la mejilla y apoyando el codo del mísmo brazo en la otra. er jociquito zi me enfao... la riza zi me río... er mismo zapateo conque jablo... ¡To, to, to le gusta en mí; to me lo tiene ponderao! ¡Y hasta me zaca verzos, padre!

Ventu a. Eze jinca er pico.

Encarna. Padre, no lo trate usté azín.

Ventura. Pero es mesté que te mantengas ziempre der lao acá der río.

Encarna. Como que otra coza no estaría ecente.

Ventura. Déjalo que ze abraze; no le des ni un buchito de agua; ni ziquiea que ze yeve la taya á los labios... y tú lo verás caé reondo lo mesmo que un zegaó en medio e la era.

Encarna. Es mu cabayero, no vaya usté á creerze otra coza .. No ze propaza en tanto azín. ¡Y zi viera usté qué palabras más finas tiene conmigo!...

Ventura. Pos que vaya buscando un cura, que están baratos.

Encarna. ¡Miste que yo cazarme con un zeñó!... ¡Miste que Encarniya por Olivares der brazo de eze hombre!... ¡Los refregones que vi yo á dá á más e cuatro zeñoritas der pan pringao!... Porque ha e zabé usté, padre, que me mermuran, que me zacan tiras e peyejo, que me ofenden... que cuazi me escupen...

Ventura. ¡Envidiozas!

Encarna. Cuando entro en miza los domingos me jacen cerco, como zi yo estuviera apestá... ¡Y voy más limpia que toaz eyas; y güelo más bien que toaz eyas; y zoy más ecente que toaz eyas... y como mejón que toaz eyas!...

Ventura. ¡Ezo que tú has dicho!

Encarna. Ar zalí de la iglezia el otro día ¡ze me pazaron unas ganas!... Trompezó conmigo la de don Je-

naro, la mayó, la bizca, y me jizo un mojín de desprecio que fué pa mí como una puñalá por la esparda. Me fartó er canto ' una pezeta pa decirle: «Oiga usté, cara ' arcuza, menos mojines y más vergüenza; que á mí ningún hombre me ha puesto un deo encima... y usté es zortera... y ze ha tenío que dí de viaje.»

Ventura. Sacudiendo los dedos otra vez. ¡Arzá!

Encarna. Contrariada. ¡Que no zacúa usté los deos, padre!

Ventura. ¡Mujé, tampoco ze pué uno afiná en un repente!

Encarna. Pos es precizo jacé un podé.

Ventura. Te prevengo que en ezo ando. Er mesmo *Diario* que viene acá le he dicho ar niño ' er ciego que me lo yeve toas las noches. Pa dirme dezasnando poco á poco... Y desde primeros e mes me lo yeva.

Encarna. Ezo está mu bien. Yo ya leo cuazi de corrío.

Ventura. ¡A mí me cuesta zuores e muerte!

Encarna. Ya ze irá usté jaciendo. ¿Ha visto usté los verzos que vienen en er de hoy?

Ventura. ¿Qué vi á vé yo, chiquiya? ¡Zi toavía voy en er primero que me yevaron! ¡Tiene aqueyo más letras de lo que paece!

Oyese á DON BALTASAR gritar dentro.

Encarna. Caye usté.

Ventura. ¿Qué paza?

Encarna. Que está gritando y viene pa acá. Hoy ze han propuesto darle er día. No ze pué zé tan güeno.

Ventura. Pos yo quería hablarle de lo de Estebiya... Porque ponte tú que cae zordao...

Encarna. No, padre; no le diga usté na. No ze figure que acá penzamos zaquearlo.

Ventura. ¿Pero vamos á dejá que Estebiya cargue con er chopo?

Encarna. Ayá veremos lo que ze jace. Váyaze usté primero que yegue. Por ahí... por ahí...

Ventura. Por ande tú quieras. Jasta mañana, Encarniya.

Encarna. Jasta mañana, padre.

Vase Ventura por la puerta del patinillo. Por la del patio llega DON BALTASAR dado á los demonios.

Don Baltasar. ¡Almas de cántaro!... ¡Canalla ruin!... ¿Cómo habeis de comprender en vuestra bajeza moral los altos sentimientos de Don Baltasar de Quiñones?

Encarna. ¿Qué es ezo?

Don Baltasar. Reparando en ella. ¡Ah, tú! ¡Encarna! ¡Bendito sea Dios que pone por fin ante mis ojos persona cuya vista les es agradable!

Encarna. Pero ¿qué ocurre?

Don Baltasar. ¡Ocurre lo natural, supuesto que Olivares es una madriguera de bellacos! ¡Como viven de la murmuración, se creen con derecho á husmear en mis acciones y á fallar sobre mi conducta!... ¡Y voto va que si imaginan que han de torcerla se engañan del todo! ¡Soy quien soy, y hago cuanto hago por mi libre albedrío! ¡Ante nadie me tengo que justificar, si no es ante mi propia conciencia!... Esa Pepa Ruiz ha venido á colmar mi indignación y á desbordar mi cólera... ¡No más! ¡no más! ¡Digo que no más!

Encarna. ¡Pepa Ruiz! ¡Envidioza!... Lástima es lo que da, no coraje... Quien espera y no arcanza, lástima na más es lo que merece.

Don Baltasar. Encantado de oirla. ¿Lástima has dicho, Encarna? Si no te quisiera ya, desde hora te querría por esa revelación de tu alma sencilla y generosa.

Encarna. ¿Pos qué voy á tenerle más que ezo? Eya venía aquí buscando argo que no ze yeva...

Don Baltasar. Con arrebato. ¿Qué? Dilo.

Encarna. Lo que voy á yevarme yo...

Don Baltasar. ¡Sí!

Encarna. Pero me lo yevo por gracia naturá, zin pedirlo, zin rogarlo, zin buscarlo de mala manera, zin

queré quitárzelo á nadie... Aquí me trajeron der campo... aquí cayó bien mi perzona... aquí mis cozas y mi hablá farcinaron á quien mandaba en esto... y aquí me jayo bien y de aquí no me voy porque bien me quieren... ¿En qué libro está escrito que zea pecao enamorarze de una pobre?

Don Baltasar. Con apasionado abandono y delicadeza. Por tus labios brota, zagala gentil, la inocente filosofía de las almas buenas... Tu boca es manantial de agua pura; panal de miel dulce y sabrosa...

Encarna. ¡Qué cozas tan zuaves me dice!...

Don Baltasar. ¡Me dice!... ¡me dice!... ¿Quién te las dice?

Encarna. Ruborosa. Me las dice... usté...

Don Baltasar. ¿Aún no se atreve tu confianza?

Encarna. ¡Zi es que me da mucho bochorno!...

Sale ROMANA por la puerta del patinillo, dispuesta para irse á la calle, con un envoltorio de ropa. Su presencia corta de improviso el diálogo de los amantes. Apenas puede hablar de emoción.

Romana. Señorito.

Don Baltasar. ¿Qué? Romana.

Romana. Me voy.

Don Baltasar. Adiós.

Encarna. Sorprendida. ¿Que ze va usté, Romana? ¿Por qué?

Don Baltasar. Por su gusto; por su voluntad caprichosa.

Romana. Ya lo oyes. A la noche mandaré á Juaniyo por mi baú y por la ropa que me quea.

Don Baltasar. Bien está. Por última vez te invito á permanecer en mi casa.

Romana. No pueo, señorito; no pueo. De aqueya, de la grande, de la antigua, no queaba aquí más que esta vieja... y esta vieja se va. La casa es otra... Con Dios, señorito... Se encamina con lentitud y reprimiendo el llanto hacia la puerta del patio. Al llegar á ella rompe involuntariamente á llo-

rar. Se detiene un momento, vuelve á despedirse con un ademán, porque no puede articular palabra, y vase entonces.

Silencio. Don Baltasar permanece inmóvil. Encarna la mira alejarse con angustia y al fin exclama, dirigiéndose á don Baltasar.

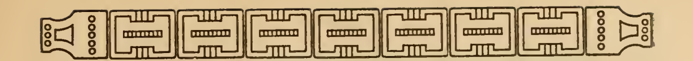
Encarna. ¡Yámala!

Don Baltasar. Sorprendido de lo que le dice y encantado de cómo se lo dice. ¿Qué?

Encarna. ¡Yámala!

Va don Baltasar hacia Romana entre perplejo y gozoso. Cae rápidamente el telón.

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana y en el mes de Setiembre.

—

RAFAEL, sentado, fuma. A poco llega DON BALTASAR por el jardín.

Don Baltasar. ¿Rafael?

Rafael. Don Baltasar, muy buenos días.

Don Baltasar. ¿Has dormido bien? ¿Has descansado del ajetreo del viaje?

Rafael. A medias nada más. Los mosquitos de Olivares son muy cumplidos: ni uno solo ha dejado de saludarme durante la noche.

Don Baltasar. ¿Y Amparo?

Rafael. Esperándola estoy. Quiere que la acompañe á dar una vuelta por ahí.

Don Baltasar. Ya.

Rafael. ¿Carmita duerme?

Don Baltasar. Presumo que sí. Hace poco dormía. Entré á verla cuando me levanté, y salí de puntillas de su habitación para no turbarle el reposo.

Rafael. La verdad es, respetable suegro, que, sin ningún género de salvedades, el engaño en que han tenido ustedes á Carmita respecto de su madre ha sido

tan peligroso como inútil. Mil veces se lo he repetido á mi mujer.

Don Baltasar. No hemos de renovar en este punto una discusión sobre lo pasado. Lo hecho, hecho está. Hablemos, sí, de lo reciente; ya que anoche, vuestra imprevista llegada y el tropel de emociones que nos asaltó, fueron causa de que no dijéramos cosa con cosa.

Rafael. Mire usted; cabalmente quería yo que echáramos un párrafo sobre el particular. Más que para nada, para justificación de Amparo y mía.

Don Baltasar. Esa no la habeis menester ante vuestro padre.

Rafael. De todos modos... Yo sé que Amparo le escribió á usted dos cartas, con intervalo de ocho días ó diez, hablándole del proyectado viaje á Suiza de usted y ella, para recoger á Carmita. ¿Es verdad?

Don Baltasar. Grave. Sí.

Rafael. Usted no contestó á esas cartas.

Don Baltasar. No contesté. Mis nervios... preocupaciones diversas... ¡qué sé yo! El hecho es que no contesté.

Rafael. Pues en vista de que usted se hacía el sordo...

Don Baltasar. Yo no acostumbro hacerme el sordo nunca.

Rafael. Ni en mi ánimo está molestarle. Perdone usted las crudezas de estilo.—En vista de que daba usted la callada por respuesta, Amparo, por consejo mío y para ir preparando á Carmita, le puso dos letras diciéndole que su madre se hallaba en Madrid con nosotros, un poco quebrantada de salud.

Don Baltasar. ¿Es posible?

Rafael. ¡Algo habíamos de hacer! A esa primera carta siguieron dos ó tres más, llenas de peores noticias, y cuando menos lo esperábamos, se nos entró la niña por las puertas con el tío Joaquín.

Don Baltasar. ¡Tremenda sacudida para vosotros!

Rafael. Puede usted calcular. Ya Carmita, cuando llegó, sabía la desgracia terrible, y estaba al cabo de toda la triste ficción. El tío Joaquín, durante el viaje, consideró oportuno desengañarla.

Don Baltasar. ¡Pobrecita mía!

Rafael. Yo no quiero recordar el encuentro de las dos hermanas: sería muy doloroso para usted. Carmita se obstinó desesperadamente en salir para acá en seguida, y no hubo orma de reducirla á la idea contraria. Por la mañana llegaron á Madrid ella y el tío, y por la tarde salimos todos para Olivares. Yo puse á usted un telegrama previniéndoselo, pero, naturalmente, vino dos ó tres horas después que nosotros. Ahí tiene usted toda la verdad.

Don Baltasar. Reflexivo. No hay novela como esta de la vida... ¡Qué complicada es, y cuán amarga de continuo!.. Porque se mezclan lágrimas y risas en sus pasajes, pero el final es siempre el dolor.

Rafael. Pues hay que sacar fuerzas de flaqueza, querido suegro. Es preciso comunicarle á Carmita la energía que le falta. La misma Amparo necesita también desimpresionarse.

Don Baltasar. ¿Amparo?

Rafael. Sí. Mucho antes de la llegada de su hermana á Madrid, dió en andar preocupada y nerviosa... Ella se me disculpaba alegando como causa de ello el teje maneje de la correspondencia con la niña; pero á mí se me ha metido en la cabeza que la causa es otra.

Don Baltasar. ¿Y por qué había de tener reservas contigo?

Rafael. Mi mujer no me cuenta nada que en su concepto pueda disgustarme. Yo, en cambio, creo adivinar lo que á ella le disgusta. Y le aseguro á usted que Amparo ha tenido un soplo de algo desagradable, y que ese soplo ha partido de aquí.

Don Baltasar. ¿De esta casa?

Rafael. No: de este pueblo. Cuidado que no tengo realidad alguna en qué apoyarme; dato seguro que me lleve á pensar estas cosas... Todas son suposiciones mías. Aquí viene.

Don Baltasar. ¿Quién?

Rafael. Amparo.

Sale AMPARO por la puerta del patio. Viste de oscuro y viene con velito á la cabeza.

Amparo. Buenos días, papá.

Don Baltasar. Dios te bendiga, hija de mi alma. ¿Has dormido bien?

Amparo. No, señor; que estoy más rendida que antes de acostarme.

Don Baltasar. A veces, el excesivo cansancio... impide...

Amparo. El cansancio... y la loca de la casa. ¡Jesús, qué noche!

Rafael. Lo menos has pensado en mi fuga con una odalisca.

Amparo. Cállate, Rafael. ¿Te parece que estamos para chirigotas?

Rafael. ¿Es decir que ni una broma me consientes después que llevo dos horas esperándote? Le advierto á usted que de casada está más presumida que de soltera.

Amparo. Bueno, mejor.

Don Baltasar. Escucha, niña. ¿Y el tío Joaquín, no se ha levantado?

Amparo. ¡Quiá!

Rafael. ¡Si eso es un gusano de seda!

Amparo. ¿Tú qué sabes?

Rafael. Lo que me has dicho tú. Creo que se despierta á la una en punto: porque, eso sí, va como un reló. Se echa de la cama y se afeita; luego se da una ducha fría; después se pone á tirar al florete, y cuando á cosa de las tres se sienta á almorzar, no deja ni los huesos de las aceitunas.

Amparo. ¡Pero qué ganas de mortificarme tienes siempre!

Rafael. ¡Como que para eso me casé contigo!

Amparo. Ea, pues levántate y anda. ¡Pesado!

Don Baltasar. ¿Adónde vas, si no es indiscreción el que te lo pregunte?

Rafael. Yo no lo sé, pero me dejo llevar por ella.

Amparo. No es indiscreción... ¿qué ha de serlo? Mirando intencionadamente á su padre. Voy á ver á Romana.

Don Baltasar. Con mal disimulada zozobra. ¿A Romana?

Amparo. Sí: quiero ver si la convenzo de que vuelva acá. Carmita y yo lo deseamos.

Don Baltasar. Hice los imposibles por que no dejara esta casa... pero pretextando su mucha edad... y no sé qué deberes para con su hija...

Amparo. Ninguna de las dos razones me convence. Algo más habrá que ella no te ha dichc, y eso es lo que á mí me dirá de seguro. ¿Vamos, Rafael?

Rafael. Vamos.

Amparo. Hasta luego.

Don Baltasar. Hasta luego.

Amparo. Por aquí es más cerca.

Se encamina con Rafael hacia el jardín, y por él se van ambos. En la misma puerta se cruzan con ENCARNA que llega y se detiene para que pasen. Viste como en el acto anterior, pero sin joyas ni corbata. Amparo la mira con curiosidad y ella baja los ojos. Después Encarna por una ventana y don Baltasar por la otra acechan el momento en que se supone que Amparo y Rafael salen de la casa. Entonces se vuelven para hablar, á tiempo que viene CARMITA por la puerta del patio. Don Baltasar se adelanta á abrazarla y Encarna se retira turbadísima por la misma puerta.

Encarna. Escucha.

Don Baltasar. Calla.

Carmita es una figurilla delicada y poética, blanca como el nardo, de cabellos negros, ojos brillantes y frente soñadora. Su expresión es de dolor resignado: su hablar sereno y persuasivo. Viste de luto.

Don Baltasar. ¡Nena! ¡Nena mía! Carmita se le abraza llorando. ¿Qué es eso?... Vamos, no llores... Tranquilízate, corazón...

Carmita. ¡Amanecer en esta casa... y no verla á mi lado!...

Don Baltasar. Son leyes de la vida, que dicta la muerte, ante cuyo misterio deben callar nuestras protestas.

Carmita. ¡Buscarla y no encontrarla!... ¡llamarla y que no me conteste!... Con gritos de dolor. ¡Mamá!... ¡mamá!... ¡Qué pena tan grande!... El día que me habeis dicho que murió, soñé yo que había muerto. ¿Ves qué cosas?

Don Baltasar. No ahondes en tu herida... Ven acá .. siéntate aquí conmigo... ¡Tenemos que hablar tanto! Carmita se deja llevar por su padre y se sienta á su lado. Cálmate... serenå tu espíritu, abriéndolo al soplo suave del dolor resignado. No llores.

Carmita. Dejaría de ser Carmita si no llorara.

Don Baltasar. Es cierto, alma mía Parece que las primeras lágrimas que llenaron tus ojos se enamoraron de ellos, y en ellos se albergan desde entonces.

Carmita. Por todas partes se me figura que va á salir á darme la bienvenida; tan contenta, tan alegre de verme á su lado otra vez... No sabía dar un paso sin mí; ¿te acuerdas, papá?

Don Baltasar. Me acuerdo.

Carmita. Te encelabas tú de lo que me quería... Celos que acababan siempre en risas y en besos para mí.

Don Baltasar. Por Dios, no evoques...

Carmita. Ella no estará á mi lado, pero yo estoy al suyo; ella se fué de esta casa, pero ha de vivir aquí mientras vivamos todos; ¿verdad, papaíto?

Don Baltasar. Con angustia. Sí, hija mía, sí.

Carmita. Nuestro cariño mantendrá su recuerdo siempre á nuestro lado. Donde quiera que estemos nos-

otros, allí estará ella; nada nuevo entrará en nuestro corazón que borre su figura.

Don Baltasar. Dolorosamente. ¡Ay!...

Carmita. Lo que ella hacía, seguirá haciéndose como si viviera: la limosna á los pobres, la misa en el oratorio los domingos, la visita á Montemayor los días de santo... Lo que ella soñaba, lo realizaremos nosotros, para que lo vea y siga queriéndonos: la fuente del patio, la tapia de los jazmines en el jardín, el premio á los chiquillos en Nochebuena... ¿Qué tienes tú?

Don Baltasar. Tu dolor y el mío disputándose mi corazón.

Callan los dos unos momentos: don Baltasar porque acaso no puede decir todo lo que siente; Carmita por dar tregua á su dolor, no expresándolo con palabras.

Carmita. ¿Quién cuida del jardín ahora?

Don Baltasar. Turbado. ¿Ahora?

Carmita. Sí.

Don Baltasar. Esa muchacha... tú no la conocías...

Carmita. ¡Ah, ya sé!... La más compuesta... una que es muy huraña... Por lo menos á mí me huye.

Don Baltasar. ¿Que te huye, dices?

Carmita. Eso me ha parecido. El jardín lo tiene precioso. Lo he visto desde la ventana de mi cuarto. Está cuajadito de flores.

Don Baltasar. Sí...

Carmita. Todas han de ir á un mismo sitio... Todas... todas... Cuando vuelva Amparo iremos á llevárselas.

Don Baltasar. Lo que quieras... lo que tú quieras...

Carmita. El alma de ella está en toda la casa, guardándola y amparándola siempre... Le llevaremos á su cuerpo lo que de la casa le podemos llevar: flores... muchas flores.

Viene ENCARNA por la puerta del patio, algo desconcertada.

Encarna. Zeñó...

Don Baltasar. Con sobresalto. ¿Qué hay?

Encarna. Er zeñorito Polanco... que lo busca á usté, porque dice que tiene que hablarle... y que viene pa acá.

Don Baltasar. Sorprendido. ¿Polanco? ¿Es posible?

Encarna. Zí, zeñó... zí, zeñó...

Don Baltasar. ¡Pobrecillo! Sea bien venido, ¡qué demonio!

Carmita. Deteniendo á Encarna, que hace ademán de irse. No se vaya usted. A su padre. ¿Quién es Polanco, tú?

Don Baltasar. Apenas lo recordarás... Aquel montañés que puso la fábrica de harinas.

Carmita. ¿Y ese es ahora amigo tuyo?

Don Baltasar. Es un alma de Dios... No puedo dudar que me estima...

Carmita. A Encarna. Quiero que me acompañe usted al jardín. Acabo de decirle á mi padre que está primoroso. ¿Vamos á cortar las flores que haya?

Encarna. Lo que usté diga...

Carmita. No le dé á usted pena cortarlas... Son para llevárselas á mi madre. Venga usted, venga usted... Se va por el jardín. Encarna la sigue silenciosa.

Don Baltasar. Viéndolas alejarse. ¡Ay, Carmita, Carmita!... ¿Por qué tus palabras se me clavan en el corazón?... ¿Cuál es mi delito? ¿Cuál es?...

Aparece POLANCO en la puerta del patio y habla en tono un poco más grave que de costumbre.

Polanco. ¿Baltasar?

Don Baltasar. ¡Perico!

Polanco. Pruebas te tengo dadas de que mi amistad es oro de mil y un quilates; pero ninguna como esta. Me echaste de tu casa violentamente, y vuelvo, sin embargo; ¿sabes por qué? Porque sé que sufres. Mi amistad es mucho mayor que tu injusticia.

Don Baltasar. Pasa, pasa... Si pude dudar de tu amistad, fué por alucinación pasajera; si te ofendí, yo te ruego que me perdones. Que sufro, es cierto.

Polanco. ¡Pues ven aquí, y descansa sobre un pecho leal!

Don Baltasar. Abrazándolo. ¡De muy buena gana!

Polanco. ¿Ves? Ya me enternezco como un tonto. ¡Y me llamaste traidor y bellaco!

Don Baltasar. Olvida...

Polanco. ¡Ay, Baltasar, Baltasar! ¡cómo me he salido con ella!

Don Baltasar. Pero, escucha: ¿vienes á que yo desahogue mi sufrimiento, ó á darme tortura con tu testarudez?

Polanco. Vengo, como siempre, á ser tu amigo antes que á nada.

Don Baltasar. Pues no te olvides de ello.

Polanco. Supongo, Baltasar, que tu primera resolución al llegar tus hijas, será plantar en la calle á esa señora.

Don Baltasar. Respeto para esa señora es lo primero que te exijo.

Polanco. ¿Cómo? ¿Pero estamos ahí?

Don Baltasar. En respetar y hacer respetar estoy yo siempre.

Polanco. ¡Parece mentira! ¿Serás capaz de consentir que se codeen tus hijas con ella?

Don Baltasar. ¡No grites! De lo que seré capaz no lo sé, ni sé adónde voy, ni qué infierno es este que arde en mi alma.

Polanco. ¿Pero es posible que en un corazón hidalgo como el tuyo haya echado raices una pasión de bajo vuelo?

Don Baltasar. ¡Alto allá! ¡Rechazo el torpe calificativo! Y ten en cuenta que ni el corazón elige pasiones, ni la pasión elige corazones tampoco.

Polanco. ¡Por amor de Dios, un poco de sentido común! ¡Un poco de razón, Baltasar!

Don Baltasar. ¿Y si ya la hubiera perdido? No es

cosa fácil imaginar, Polanco amigo, la batalla que en mi interior se riñe, destrozando mi ser... Pienso que en mi pasión por una mujer humilde no hay vergüenza alguna, y respiro á mis anchas tranquilo; pero pienso que mi Carmita ha venido á esta casa para hallar á su madre, soñando que vivía, y que no sólo no la encuentra, sino que puede ver en su sitio á otra mujer extraña para ella, sin remedio odiosa á sus ojos, y entonces mi razón se nubla, mi corazón se abre herido, desfallece mi cuerpo... y tiemblo, y lloro, y me asusto de mí.

Polanco. No entiendo, no entiendo... Creo que le das al caso proporciones que está muy lejos de alcanzar. Digo, ¡á menos que sea verdad la especiota que corre por Olivares!

Don Baltasar. ¿Corre una especie por Olivares referente al caso?

Polanco. Corre, corre. Hasta que da con uno como yo que la para en firme.

Don Baltasar. Pues ¿qué se miente?

Polanco. ¡Figúrate! **Echando bendiciones.** Nada menos sino que en secreto ya os habeis... **Don Baltasar baja los ojos en silencio. Polanco se alarma.** A ver, á ver... ¿Te has enterado, tú?

Don Baltasar. Sí.

Polanco. ¿Y qué dices?

Don Baltasar. Nada. Dejo á los demás que lo digan todo.

Polanco. Pero, oye, oye, oye; mírame á la cara.

Don Baltasar. Ya te miro.

Polanco. ¿Te ha pasado por la imaginación alguna vez tamaño disparate?

Don Baltasar. ¿Y por qué lo tachas de disparate, hombre ligero?

Polanco. ¡Ave María Purísima!... ¡Tú te has casado!

Don Baltasar. ¡Calla! ¡imprudente!

Polanco. ¡Ave María Purísima!... ¿De manera que es cierto?

Don Baltasar. Es cierto. ¿Podías esperar otra cosa de mi caballerosidad?

Polanco. De tu locura sí que no podía menos de esperarla.

Don Baltasar. ¡Ah, ya lo veo! Me juzgas por ti. Tu conducta hubiera sido muy distinta.

Polanco. ¡Pero muy distinta! ¡Adonde va á parar!

Don Baltasar. ¿Pues qué? ¿Crees que hay desdoro en ello? Jamás te supuse tan vulgar.

Polanco. Irónicamente. ¡Está bien!... ¡está bien!... ¡Bien!... ¡bien!... ¡Está bien!

Don Baltasar. Ya sé yo que está bien: huelga que tú me lo repitas. Podrán condenarme las circunstancias—me condenan sin duda, y ya me duele,—pero el hecho en abstracto, está bien. De ahí no me apea nadie.

Polanco. ¡Pues sigue en tu burra, hijo mío! Puesto en ella, aguantar los palos. Pero como amigo leal, como amigo de veras, lo lloraré con lágrimas de sangre; porque el hecho en concreto, y no sirve que le dé vueltas vuesa merced, es que don Baltasar de Quiñones y Díez de Miranda, con toda la gala y pompa que desde luego exigen su rango y su linaje, ha entrado en el gremio de los señores que se casan con la cocinera.

Don Baltasar. Palideciendo de rabia. ¡Perico! ¡O te retractas inmediatamente de cuanto acaba de salir por tu boca, ó estoy dispuesto á abofetearte!

Polanco. Hombre, hombre, no lo tomes así...

Don Baltasar. ¿Pues cómo lo he de tomar, mentecato? ¡Y quede esto aquí, y sabe de hoy más á quién debes en esta casa igual respeto que á mi persona! Vase por el patio.

Polanco. Viéndolo marcharse. Está loco. No me cabe duda: está loco. Paseándose. Pero, hombre, ¿es posible?... Y todo por una mujer... No, si ya lo dijo el otro: «¿Quién es ella?»

Vuelven del jardín ENCARNA y CARMITA. Encarna trae muchas

rosas recogidas en el delantal y Carmita algunas en la mano. Las dejan sobre una mesa al llegar, y luego se ocupan en agruparlas cuidadosamente en ramos distintos.

Carmita. ¿Gritaba papá? Reparando en Polanco. ¡Ah! Buenos días.

Polanco. Buenos días. ¿Usted no se acordará de mí?

Carmita. ¿Es usted el señor Polanco?

Polanco. ¡El mismo! ¡Caramba! ¡qué feliz memoria!

Carmita. ¿Espera usted á mi padre?

Polanco. Al contrario; me espera él á mí. Voy allá; á seguir peleando.

Carmita. ¿Peleando?

Polanco. Sí. Nuestra amistad tiene por acicate las peloteras. ¡Je! Si no reñimos no somos amigos.

Carmita. Es particular.

Polanco. Usted suspiraría ya por volver á su casa.

Carmita. Con pena. Sí, señor, sí; pero de otro modo...

Polanco. De eso ya me hago cargo... Hay que conformarse... El claro oscuro de la vida es cruel... verdaderamente cruel... Despidiéndose. No quiero atormentarla... Si usted no tiene nada que mandarme...

Carmita. Nada, no, señor; agradezco tanto...

Polanco. Soy un amigo leal, señorita. Su papá de usted sabe cómo las gasto en ese terreno. A los pies de usted.

Carmita. Beso á usted la mano, señor.

Polanco. Buenos días. Vase por la puerta del patio.

Carmita. ¿Viene mucho por aquí este señor Polanco?

Encarna. Con voz temblorosa, sacudida por la emoción que ante Carmita siente. Cuazi no zale de la caza... Pero ahora yevaba más e dos zemanas zin vení.

Carmita. ¿Por qué?

Encarna. Porque riñó con er zeñorito.

Carmita. Sí; ya ha dicho que se pelean...

Encarna. Eza vez fué más zerio.

Carmita. ¿Que hubo, sabe usted? Encarna calla. ¿No lo sabe?

Encarna. No me acuerdo ya...

Carmita. ¿Vamos á hacer los ramos?

Encarna. Loz haré yo zola... pa que no ze espine usté las manos...

Carmita. Los haremos entre las dos.

Encarna. Como usté diga...

Callan unos momentos.

Carmita. Suspirando. ¡Ay! ¡qué tarea más triste!... ¿Le vive á usted su madre?

Encarna. Gracias á Dios.

Carmita. ¡Ojalá le viva á usted siempre! ¿Usted no vió á mi madre nunca?

Encarna. No...

Carmita. ¿Pues usted no es del pueblo?

Encarna. Zí... pero ziempre he vivío en er campo...

Carmita. ¿Ni le han hablado á usted de ella los otros criados?

Encarna. Mucho... mucho...

Carmita. ¿Qué le pasa á usted?

Encarna Que la pena de usté me yega, zeñorita...

Carmita. Dios se lo pague. Con Romana hablaría usted mucho de mi madre, ¿verdad?

Encarna. ¿Con quién?

Carmita. Con Romana. ¿O es que no la ha conocido usted?

Encarna. A Romana, zí.

Carmita. ¿Qué tiempo lleva usted acá?

Encarna. Más e cuatro mezes...

Carmita. ¿Y Romana se fué hace mucho?

Encarna. Coza de quince días...

Carmita. ¿Por qué motivo?

Encarna. Yo no zé... no zé...

Carmita. ¿Tampoco sabe usted eso?

Encarna. Tampoco.

Carmita. Mi hermana ha ido á verla, porque quere-

mos que vuelva á la casa. Usted considere: antes de que naciéramos nosotras, ya era vieja aquí. Aunque no sirva materialmente, acompaña mucho. ¿Verdad?

Encarna. Zí... zí...

Carmita. ¿Y usted está contenta?

Encarna. Mu contenta...

Carmita. Mi padre es bueno... Sabe tratar á los humildes... Silencio. Déme usted ese ramo.

Encarna. ¿Cuá?

Carmita. Ese. Y ese otro también... Me los voy á llevar á mi alcoba. Al tomar los ramos de manos de Encarna. ¿Pero está usted temblando, criatura?

Encarna. No...

Carmita. ¡Vaya si tiembla! ¿Por qué es eso?

Encarna. No zé...

Carmita. Extrañada. Déme, déme acá...

Encarna. ¿Le yevo á usté argunos?

Carmita. No; no hace falta. Puedo yo sola.

Se va por la puerta del patio con los ramos de flores cogidos con suma delicadeza, y sin dejar de mirar á Encarna. Esta, baja la vista, juega maquinalmente con las hojas que quedan sobre la mesa. Así permanece algún tiempo. Por su frente pasan ideas contrarias, nacidas de la confusión que reina en su espíritu. «¿Se irá de la casa?» «¿Se quedará en ella?» «¿Podrá resistir su corazón la presencia de aquella niña que constantemente la acusa?» Su abstracción es completa y profunda. DON BALTASAR viene al fin por el patio, receloso y sombrío. Llega junto á Encarna, sin que ella lo note. La llama entonces con voz sorda y turbada, y la moza vuelve de su abstracción, estremeciéndose de espanto.

Don Baltasar. ¿Encarna?

Encarna. ¡Ah!

Don Baltasar. Soy yo: no temas.

Encarna. Me azusté...

Don Baltasar. Sosiégate.

Encarna. Desde anoche me azusta jasta er zilencio...

Don Baltasar. ¿A ti?

Encarna. No ze me zale der penzamiento eza Car-

mita, que no para de mentá á zu madre... Como zi yo hubiera cometío argún delito en contra de eya...

Don Baltasar. Ni tú ni yo lo hemos cometido.

Encarna Pos argo malo habremos jecho cuando estamos de esta manera...

Don Baltasar. En quererse rectamente no hay mal ninguno.

Encarna. Pa mí lo hay... Castigo de Dios es lo que me paza... Yo he nacío pobre, pa trabajá como miz iguales, no pa lucí como las zeñoras... Me tentó er demonio, me cegó el orguyo, me gorví avaricioza y mala... y ahora voy á penarlo to.

Don Baltasar. Rechaza esas ideas supersticiosas... No niegues nuestra pasión, que es nuestra disculpa.

Encarna. Yo no niego na... pero con tus palabras durces debí jacé lo que con la parva en la era: al aire... al aire...

Don Baltasar. No, Encarna, no: tu zozobra y la mía nada tienen que ver con nuestro cariño.

Encarna. Er cazo es que nos azusta que ze zepa...

Don Baltasar. ¿Qué dices?

Encarna. ¿A que no yamas á Carmita pa decirle quién zoy?

Don Baltasar. Con súbito miedo. ¡Ah! ¡Muy pronto ha de saberse!... Amparo ha ido á ver á Romana.

Encarna. ¿Ves como estás amedrentao?

Don Baltasar. ¡Si esto es lo que me tiene fuera de mí! Con Amparo vendrá la verdad—terrible y dolorosa... ¿á qué negarlo?– y yo que saldría por esas calles diciéndole á la hipócrita gente: «esto hice», tiemblo de pensar en la tremenda conmoción de mi Carmita, que ya no quería vivir en el mundo más que para el santo recuerdo de su madre.

Encarna. ¡Jezús, qué espanto! ¡Yo me voy!

Don Baltasar. ¡Encarna!

Encarna. ¡Yo no tengo való pa vé ezo!... ¡Yo me voy de aquí!

Don Baltasar. ¿Adónde?

Encarna. ¡Qué zé yo! ¡Lo más lejos que puea! ¡A los campos tranquilos, jasta que me caiga de andá!

Don Baltasar. Cállate. No pienses locuras.

Encarna. No zon locuras... Es er mieo de jacé daño á nadie, que paece que me empuja pa fuera...

Don Baltasar. Yéndote, me matarías á mí... ¿Pero qué hablo yo también, insensato?... No te irás, no te irás... Estamos unidos ante Dios por la atracción de nuestras almas... No te irás, Encarna, no te irás... Yo te hice mi esposa para no mancharte... No te irás, no te irás...

Dominado por la pasión ha ido estrechando á Encarna más y más. Ella lo mira subyugada, con supersticioso terror. AMPARO, que momentos antes ha aparecido en el jardín, avanza hacia la sala atraída por lo que ve y se detiene en la misma puerta con dolorosa perplejidad, cubriéndose el rostro con las manos y dando un grito.

Amparo. ¡Jesús!

Sobrecogidos los amantes de terror y sorpresa, se separan violentamente. Don Baltasar mira á su hija con expresión en que se confunden la vergüenza, el dolor y el miedo. Encarna, avergonzada también y convulsa, vacila, tiembla, mira con espantados ojos, no sabe qué dirección tomar. De improviso, y más bien arrastrada por impulso secreto que por claro estímulo de su razón, escapa por la puerta del patio, no como quien se va, sino como quien huye.

Don Baltasar. Amparo... Hija mía...

Amparo. Con acento de recriminación. ¡Qué has hecho!

Don Baltasar. No me mires así... no me huyas... ¡Perdóname!

Amparo. ¡Qué has hecho!

on Baltasar. Ven acá... Necesito hablarte...

Amparo. No... ¿Para qué?

Don Baltasar. Para que me perdones.

Amparo. Déjame... No me digas nada... no quiero oirte... No quiero saber más de lo que ya sé.

Don Baltasar. Yo quiero que lo sepas. Lo que te diga yo, por doloroso que te sea, será honrado, será

sincero; lo que la gente te haya dicho ó te diga, será villano. Por eso quiero que me oigas á mí. No, no estoy loco; no estoy prostituído; conservo sano mi juicio, entero y puro mi ser moral. Eso quisiera el pueblo cuyo aliento plebeyo acaba de turbar tu alma: eso quisiera, sí: que don Baltasar de Quiñones hubiese dado fundamento vergonzoso á sus torpes hablillas.

Amparo. Vergonzoso ó no, fundamento has dado.

Don Baltasar. Amparo, nena mía; que te desconozco si me acusas así. Oye primero la verdad, y luego júzgame: pero oye primero la verdad. Encarna es mi esposa.

Amparo. Llena de turbación y angustia. ¿Tu esposa?... ¿Has dicho que es tu esposa?...

Don Baltasar. ¿Pues no has visto que la abrazaba?

Amparo. ¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío!

Don Baltasar. Si antes no pude darme cuenta de tu injusticia, ahora comprendo perfectamente tu estupor. Me dejaste llorando mi soledad y evocando en todo momento la sombra de la que fué tu madre, y al volver inopinadamente me hallas así... ¿Cómo salvar este abismo en tu alma?... Yo lo salvaré... Necesito llenarlo, para que descanse la mía; para que la tuya también descanse.

Amparo. Anhelante, desconcertada. Dime, dime, sí; háblame por Dios, explícame cómo ha podido suceder esto, que no acierto á juzgar, pero que me aterra, que me aflige... Ahora nada me importa de lo que la gente murmure... Lo primero es que tú me cuentes... que tú...

Don Baltasar. Sosiégate, corazón... Sosiégate... y escúchame en calma.

Amparo. ¿No nos oirá Carmita?

Don Baltasar. No. Hace rato subió á su alcoba con unas flores... Estará rezando.

Amparo. ¿Ella nada sospecha?

Don Baltasar. Aún no.

Amparo. Ni después tampoco.

Don Baltasar. ¿Qué?

Amparo. Es una idea. Sigue tú...

Silencio.

Don Baltasar. ¿Te acuerdas, nena, de nuestra última conversación la noche de vísperas de tu boda?... ¡Qué soledad la mía! ¡qué abandono más triste aquel en que yo me quedaba!.. ¿Te acuerdas? Tu hermanita, lejos de mí, por dolorosa necesidad; tú, alejándote también, por ley de la vida; tu madre más lejos aún... por ley de la muerte. ¡Qué solo me dejaron todos!... ¿Bastará mi soledad de tantas horas interminables á disculpar siquiera lo que he hecho?

Amparo. Sigue.

Don Baltasar. ¿Por que no basta, ó por que lo quieres oir todo?

Amparo. Sigue.

Don Baltasar. Con Encarna entró en este caserón para mí un soplo de alegría... Pronto advertí que mi soledad no era ya absoluta, irremediable... La condición humilde de esa mujer, su traza campesina, que para otro señor hubieran sido un valladar, fueron para mí un incentivo, trajeron á mi alma como un reverdecer de mis aficiones más puras; y la atractiva belleza de su persona, juntamente con la ingenua sencillez de su corazón, acabaron de cautivarme. ¿Qué dices?

Amparo. Nada te sé decir: estoy aturdida por el golpe. Se confunden en mi cabeza con tus razones las cosas que la gente habla, y me vuelvo loca.

Don Baltasar. Despréciala.

Amparo. No puedo. No puedo tampoco vencer la impresión que esto me produce... No sé, no sé .. Lo que has hecho... sin duda lo has hecho bien: no te lo niego... no te lo discuto... ¡Pero déjame á mí sentirlo con toda mi alma!

Don Baltasar. ¡Oh, sí! ¡Muy insensato sería yo, y muy egoísta, y tal vez muy malo, si pretendiese regatearte esa pena!

Amparo. Pues óyeme ahora tú. Y confórmate, por Carmita, con lo que ya he resuelto.

Don Baltasar. ¿Qué?

Amparo. Sí: es mi idea: la idea que te dije... Es una determinación necesaria. Oye.

Don Baltasar. Dí.

Amparo. En la verja espera el coche que ha de llevarnos á Montemayor. Allí dejaremos las flores que ella habrá cortado del jardín... Luego, yo la convenceré de que estos primeros días no los debe pasar en la casa, donde cada rincón tiene un recuerdo y cada objeto es un estímulo á su pena... Nos iremos al campo... á cualquier parte... Después, á Madrid.

Don Baltasar. Comprendiendo. ¡Qué buena eres!... Mi dolor es el tuyo... ¡Carmita!... ¡Carmita!... Ella ha sido mi mayor tortura desde que llegásteis; ella mi espanto y mi zozobra... ¡Oh, sí... sí!... Hágase lo que tú has pensado, aunque á mí se me vaya tras de vosotras lo mejor de mi corazón.

Amparo. ¿Te conformas?

Don Baltasar. Me resigno... Con doloroso esfuerzo Pero, dime: ¿volvereis algún día?

Amparo. Calla, que viene.

Don Baltasar. ¿Quién?

Amparo. Carmita. Calla.

Don Baltasar. Descuida: callaré.

Llega CARMITA, con gabancillo y velo negros.

Amparo. Saliendo á su encuentro. ¿Te ha dicho Andresillo que te esperaba?

Carmita. Sí. Ya están las flores en el coche. ¿Viste á Romana?

Amparo. Sí. Ya te contaré.

Carmita. ¿Vamos?

Amparo. Vamos.

Carmita. A don Baltasar. ¿Tú no vienes?

Amparo. No.

Carmita. ¿Por qué?

Amparo. Está afectadísimo... Sufriría mucho...

Don Baltasar. Reprimiendo en vano los sollozos. ¡Mucho, sí!... ¡Mucho!

Carmita. ¿Lloras?

Don Baltasar. Lloro: ya lo ves.

Carmita. ¿Y te vas á quedar aquí solo?

Don Baltasar. Sí. Vosotras, á llevar las flores á Montemayor; yo, á llorar entre tanto.

Carmita. Adiós, papaíto.

Don Baltasar. Besándola con dolor contenido. Adiós, corazón.

Amparo. Adiós, papá.

Don Baltasar. Adiós, hija. Don Baltasar calla. Las dos hermanas se marchan lentamente por el jardín. Antes de desaparecer por completo, vuelven la vista hacia su padre. Este las mira alejarse con estupor. Alguna vez sacude sus músculos el impulso de correr tras ellas. Se van... se van... Se fueron... Y me dejan solo... solo... ¿Por qué es esto?... ¿Porqué es así la vida?... Silencio. Me dejan solo... solo... Llamando dolorosamente á Encarna. ¡Encarna! Volviendo á gritar. ¡Encarna! Silencio. Espera. ¡Encarna! Con súbito temor de que Encarna haya huido. ¡Ah!... ¡Encarna! Vase por la puerta del patio, desconcertado y loco. Óyesele cada vez mas lejos llamando á Encarna. ¡Encarna!.. ¡Encarna!... ¡Encarna!... Silencio largo. Vuélvesele á oir por el jardín cada vez más cerca. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Llega á la sala de nuevo lleno de dolorosa angustia, buscando á Encarna sin cesar, inquieto y agitado, y como queriendo hallarla en todas partes. ¡Encarna!... ¡Encarna!... ¡Encarna!... Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto, 1903.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos (2.ª edición.)

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchiorotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un pró logo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán. zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*







PRECIO: DOS PESETAS





